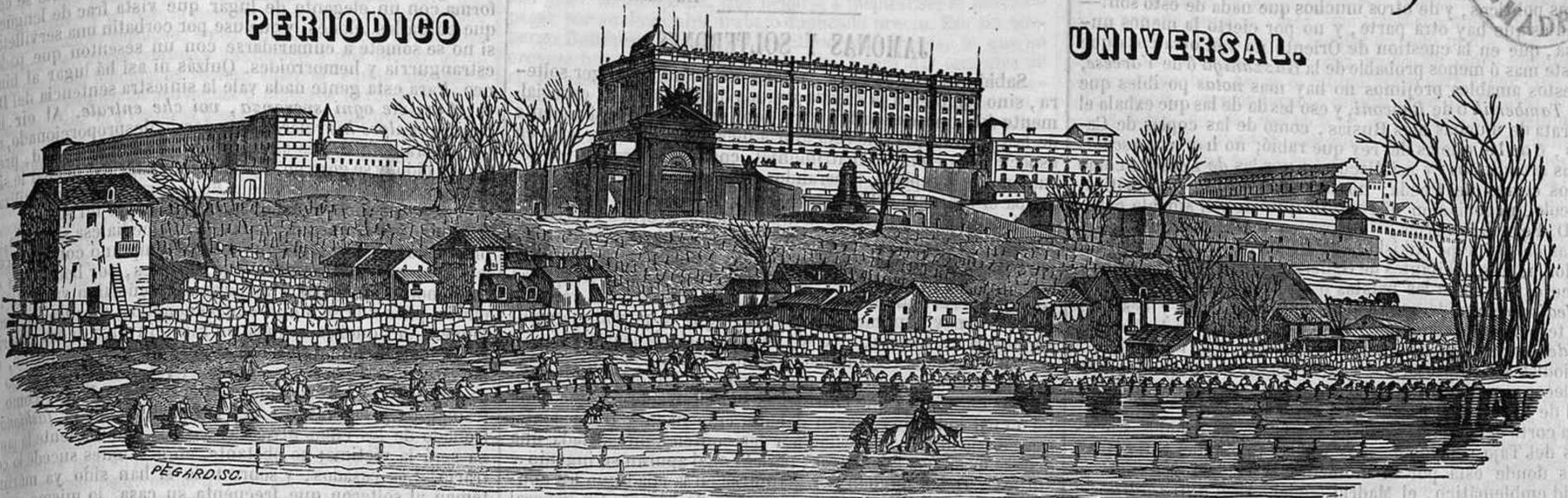


LA ILUSTRACION, UNIVERSAL.

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 227.—SÁBADO 2 DE JULIO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE JUNIO.

Al fin, después de cuarenta días de diluvio y cuarenta semanas de chubasco general, entró el sol en el signo de Cáncer, y disipó con sus ardientes rayos las negras y apinadas nubes que por tantos días consiguieron oscurecer el horizonte. La naturaleza, pues, hizo crisis en su crónica y húmeda enfermedad: sosegáronse los ríos, calmáronse los vientos, disipáronse las tormentas, y allá al caer de la tarde, entre los últimos rayos del sol poniente y las primeras brumas de la noche entrante, dejóse ver sobre las azuladas ondas del mar del Retiro la ráfaga luminosa, el iris deseado de paz y de bonanza, que anunciaba a los asendereados hijos de la villa heroica que era ya llegado el momento del reposo de la naturaleza; que brillaba la señal de la alianza entre el cielo y la tierra, entre los hombres de buena fé y las mugeres de buena voluntad.—Salieron pues de su arca respectiva de salvamento, desde las más profundas estancias bajo escotilla hasta los más elevados desvanes a cuarenta leguas sobre el nivel del Océano, no una, sino dos ó tres docenas de millares de palomas mensajeras, volando y revolando en todas direcciones a diligencias propias, y ostentando en vez de la rama de olivo en el pico y las cándidas alas, símbolo de la inocencia y la

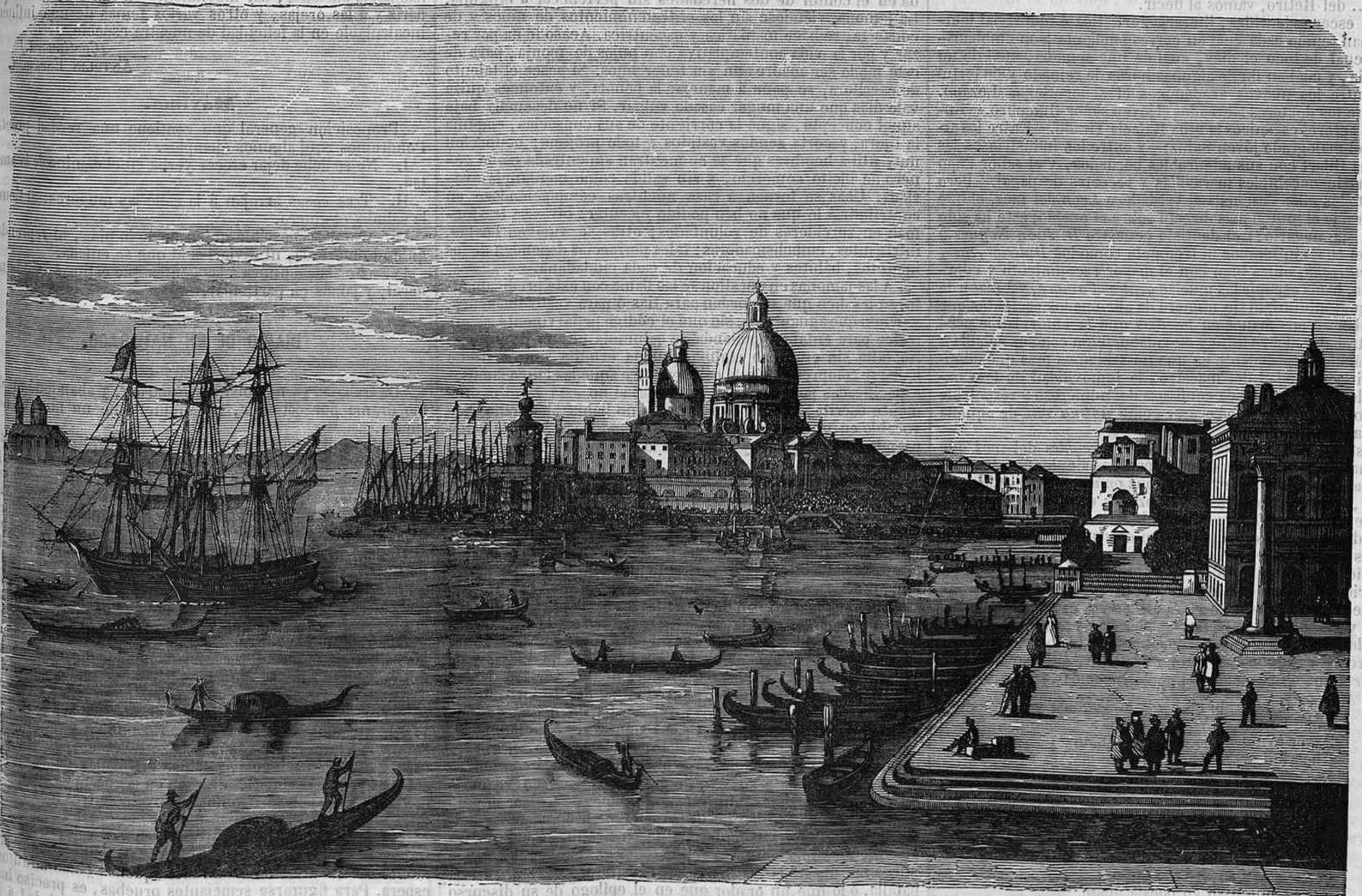
dulzura, la rizada cabellera dispuesta en artificiosa trenza y diabólica red, las pomposas vestiduras de recamadas telas y laberínticos dibujos; verdaderas goletas armadas en corso contra todo fiel cristiano que escapó con vida de la deshecha borrasca anterior.

Disemináronse, pues, por calles y paseos, por tiendas y salones, por templos y espectáculos, de Oriente á Occidente y de Norte á Mediodía, desde el Retiro al Real Palacio, desde los altos de Chamberí á las orillas del Manzanares, haciendo sus alardes y escarceos, cual en las sombrías y odoríficas calles del Botánico, cual en las animadas alamedas del Prado; las unas bajo las bóvedas del templo perfumado de flores en la solemne fiesta de altares; otras en los elegantes aposentos del Príncipe y Variedades ó en la ignominiosa galería del Circo; aquellas muellemente reclinadas en dorada carretela, ó dominando el fogoso alazan en el aristocrático paseo de la Fuente Castellana; estas bailando al son del crótalo bullicioso á las amenas márgenes de la Florida ó en el salon del Prado en las clásicas verbenas de San Antonio, de San Pedro y de San Juan; unas y otras seguidas por la falange de amartelados pollos de tierno bozo y dorados espolines, ó flanqueadas, y abordadas por la no menos formidable de crestíferos gallos de poblada barba y acerados espolones.

El contar las aventuras, las guerras, las discordias, los amores, las peripecias de aquella pléyade de estrellas erran-

tes, de aquella bella mitad de la población matricense, no es para nosotros, descarnados analistas y retratistas crónicos del mes; no es para nosotros, pintores de brocha gorda, artistas empíricos, que armados de nuestra máquina fotográfica, no sabemos hacer otra cosa que aplicarla á la arrugada faz de la historia, que aspiramos con placer el polvo de los siglos, á vueltas de algun otro de esquisito sevillano ó de rapé. Declinemos, pues, tan alhagüeña tarea, tan delicadísima misión en la lira del poeta, ó en la risueña pluma del novelista; abracémonos con el sexo feo, cuyas mañas nos son mas conocidas; coloquemos frente á frente nuestra máquina; preparemos químicamente nuestra plancha, y aplicando al lente nuestro visual en el punto medio del día 30 de junio, habremos obtenido el retrato *d' apres nature*, que luego colgaremos á la puerta, ó sea en la primera página de la ILUSTRACION, con esta sencilla leyenda: (*Precio seis reales al mes.*)

Ahora bien, ¿qué nos presenta el sexo grave en sus diversas fases durante los treinta días que comprenden nuestros anales, y á cuál de los puntos del horizonte hace rumbo su marcha, ó inclina su magnética influencia? No es fácil decirlo; solo si que las cuestiones que ocupan las mentes, están por su importancia á muchísimos miles de leguas de la de las mesas giratorias que absorbió, reasumió y condensó la fisonomía del mes anterior.—*Cuestion de oriente* en los periódicos; *cuestion de poniente* en las oficinas; *cuestion de me-*



Vista de Venecia.

diodia en las cocinas, *cuestion del Norte* en el Consejo Real.— Profundas, delicadas é indigestas cuestiones que hacen arrugar las frentes, fruncir los labios y alargar una cuarta la nariz de los altos magnates, de los severos diplomáticos, de los diestros políticos, y de otros muchos que nada de esto son!— Verdad es que hay otra parte, y no por cierto la menos numerosa, que en la cuestion de Oriente no ven otra cosa que el ajuste mas ó menos probable de la *Gazzaniga* ó de *Vareese*; para estos amables prójimos no hay mas *notas* posibles que las de *Tambertik* ó de *Ronconi*, y eso les da de las que exhala el antócrata de muchas mas Rusias, como de las coplas de Calainos, ó de las quejas del rey que rabió; no hay mas *escalas* que las *romáticas*; y así discurren por las *de Levante* como por los cerros de Ubeda; no hay mas mision diplomática, protocolo, negociacion ni regreso que los del amable caballero D. Fernando Urries, sin dárseles una higa de las idas y venidas del príncipe Nikiskof.—Para otros, y especialmente para los pobres habitantes de Galicia, la *cuestion del Poniente* está en el precio de las patatas ó en la cosecha del maíz; la del *Mediodía* se mide por todos los pretendientes y cesantes en el termómetro económico de la parte oficial de la *Gaceta*; de la *del Norte* que tan atareados trae á ministros y consejeros, á periodistas y empresarios, se rien los caleseros que piensan establecer *mensajerías aceleradas* á competencia con el ferrocarril de Aranjuez á Templeque.

La corte entre tanto se pasea y solaza á las frondosas márgenes del Tajo, en los floridos vergeles de aquel Sitio Real; allí es donde está por el momento el Madrid genuino, el Madrid emblemático, el Madrid oficial. Aquí *intramuros* no hemos quedado mas que la gente menuda, los coristas y aficionados; así que, los artículos *primer-Madrid* de nuestros periódicos carecen absolutamente de interés, al paso que los *primeros-Aranjuez* de la *Gaceta* le absorben todo, impregnados como estan en proyectos, juntas y nombres propios, de brillante perspectiva, fondo en turron.

Escusado es decir tambien que hemos tenido *crisis política*—la cual si no existiera sería la única novedad del mes;—pero esta ha sido parcial y casi invisible, de no sabemos cuantos dígitos eclipsados, á las tantas y cuantos minutos del día 21, en el momento preciso en que entrábamos, según el almanaque, en la estación estival. Era consiguiente; habíamos tenido crisis de abril, ministerio de primavera; nada mas natural que trocar de ropa con el cambio de la estación.

Los parisienses, para significar con una espresion gráfica el objeto ó persona que ha hecho el gasto de la pública atencion en el último período, le aplican el apodo significativo de *El Leon de la semana*, *El Leon del mes*; y tan pronto es un ministro dimisionario, como un cantor aplaudido; así un emperador entronizado, como un mono jugador de dominó; ora un planeta nuevo, descubierto en la esfera celeste, ora un viajero salvaje recién llegado de las islas del polo.—En la semana última el leon parisiense fué Monseñor Nuncio el cardenal Garibaldi con su subita muerte; en la anterior habia tocado aquel papel á la Petra Cámara con su voluptuosa danza y su jaleo vital.—En Madrid, bendito Dios, tampoco nos han faltado *Leones* de semana, de todos calibres, gustos y dimensiones: v. g. ministros salientes y ministros entrantes; aceptantes y dimitentes, supernumerarios y posibles, inverosímiles é hipotéticos, hasta un centenar; pero entre todos ellos uno solo es el que puede evanecerse con el título de leon-idolo de la Puerta del Sol, de los periódicos y de la opinion, y ese leon ministro dejaba de ser ministro para ser leon; era el leon... del Retiro, vamos al decir.

La escena científica, literaria, artística é industrial tambien han tenido cada cuál su correspondiente leon emblemático; cuál de todo el mes, cuál de una semana, cuál de un solo día, y cuál en fin de algunas horas de reinado y de fortuna. Entre los nuevos académicos el señor Seijas Lozano.—Entre los doctores laureados el joven señor Huidobro.—Entre los actores escénicos la niña Rafaela Tirado.—Entre los artistas el malogrado joven Sainz;—y entre los industriales las señoras Gilart con sus admirables bordados, y el señor Capo con sus inconcebibles maravillas y recortes de papel.—Pero sobre todos ellos descuella el verdadero *Leon* del mes, el que ha ejercido el influjo mas directo sobre el pueblo; este ha sido (¿para qué negarlo?) el dentista ecuestre D. Juan Nogués y Rico, el cual sin tambor ni trompeta como los *Dulcamaras* y *Fontanarosas*, antes bien con el mayor recojimiento y compostura, hacia escupir las muelas *gratis et amore*, y á razon de sesenta al minuto, al sin número de aficionados pacientes que se ponian en sus manos en los días que la autoridad le permitió trabajar al a re libre y en colaboracion con sus caballos; espectáculo sorprendente en que no sabiamos mas qué admirar, si la habilidad del maestro, la inmovilidad de los cuadrúpedos, ó la omnimoda confianza del numeroso y respetable público, que corría á ofrecerse como *ánima vili* de aquella heróica esperiencia.

Hasta aquí los únicos sucesos *remarcables* del mes que termina: dejamos en perspectiva para los siguientes el consabido paseo á Templeque; un chapuz *ómnibus* en la Casa del lavado, simultánea del canal de Lozoya; un refresco atemperante en la nueva fuente del día de San Antonio; una hombrada de cierto ricachon gallego en obsequio de sus paisanos; y unos cuantos proyectos de decreto para que todas las oposiciones cobren sueldo y vistan uniforme; para que todos los periodistas sean ministros y vayan en coche; y para que de este modo se restablezca la necesaria *armonía* entre el *pod r* y la *opinion*, entre los apoderados y los poderdantes, entre los historiadores y los hombres de historia, entre los maestros al *cebollo* y el último cornetín, al tenor de aquella exactísima observacion del poeta italiano:

Ne fù sí santo ne benigno Augusto
come la tuba di Virgilio suona:
l'aver avuto in poesia buon gusto
l'horribil proscrizione gli perdona.
Nessun saprebbe che Neron fu ingiusto
e sua fama starebbe forse buona
avesse avuto e terra e ciel nemici
se à gli scrittor' sapea tenersi amici.

No fué tan santo ni benigno Augusto
como la lira de Virgilio suena;
que porque tuvo en poesia gusto
sus fieras proscipciones no condena.

Nadie sabria que Neron fué injusto,
y su fama tal vez sería buena,
si contra tierra y cielos enemigos
tuviera á los autores por amigos.

EL CRONISTA.

JAMONAS Y SOLTERONES.

Sabido es que se llama jamona, no solo á la muger soltera, sino tambien á la casada y viuda de cierta edad, especialmente á la que es gorda; pero aquí se trata exclusivamente de la solterona, la que está aun á merecer, la que se halla en expectativa de enlace matrimonial, como si dijéramos en situacion de remplazo, esperando colocacion. De esta pues se ocupa el presente artículo.

No estan las opiniones completamente acordes acerca de la edad en que se entra en la jamonería andante. Unos, de conciencia ancha, como de antiguo fraile franciscano, creen que la muger no es jamona hasta los cuarenta años. Otros, mas rígidos y escrupulosos, piensan que lo es desde los veinte y cinco: el mayor número se inclina á que el período jamonil empieza á los treinta, y yo soy de ese modo de pensar.

Puesto que la edad importa tanto á las mugeres para este asunto, no menos que para otros varios de fin idéntico ó análogo, las cuestiones que entre ellas se agitan sobre la que tiene tal ó cual individua, es un debate empeñado y trascendental que se mantiene con calor por las contendientes. Cada una achaca mas años á las otras, para lo cual apuran su ingenio y sutileza. Todas pugnan por plantarse en la edad que les conviene, como si la vida fuese un juego de béciga. En general se les puede aplicar aquella anécdota de Dolabella, quien preguntaba á Ciceron:—¿sabeis que no tengo sino treinta años?—Y tanto que lo sé, respondió el orador; hace ya mas de diez años que me lo estais diciendo.

La jamona suele ser un depósito de tristes reminiscencias, efecto de acontecimientos que la han traído á semejante estado. Conversad un momento con alguna confianza, y os contará en tono elegiaco sus desgraciados amores con un brigadier muerto en una batalla; otros amores con un magistrado de mérito eminente, quien estando para casarse con ella, se fué con la música á otra parte, por sugerencias de familia y por los manejos de un rival infame, etc.

Es cierto que algunas jóvenes de hermosura y demás prendas recomendables miran con desden á cuantos se les acercan, suponiéndolos indignos de aspirar á su blanca ó negra mano, por cuyo motivo pierden á veces convenientes colocaciones. Todo va bien mientras no son jamonas; mas llegado este plazo fatal, comienzan los arrepentimientos, los pesames, los ayes y los pensésques. Se mienta á un sujeto de buena psicion social, y esclama la jamona—por lo alto ó por lo bajo, según los casos—ese quiso ser mi marido en tal época y le he desairado: lo cual puede ser verdad, ó ser una tontería como otras muchas que abundan en estos negocios.

La jamona vive principalmente de recuerdos, á semejanza de los pueblos célebres en otro tiempo y en la actualidad decayidos y arruinados. Presenta cierta similitud con las casas viejas: á estas se rompe una puerta hoy, se abre una hendidura mañana, aquí se hunde el piso, allí se aplasta el techo, y todos son percances y goteras.

La jamona no es niña ni vieja, ni hombre ni muger; es de raza híbrida, es una especie de hermafrodita, y ofrece algun punto de contacto con el dios Término, la planta sentada en el confin de dos heredades sin pertenecer á ninguna. La jamona, viéndose sin los entretenimientos de niños y de consorte, se hace maniática y escéntrica. Acaso le da por rezar y por la vida contemplativa con pujos de monja, para de este modo ser madre aun sin tener hijos. Si posee el talento de escritora, se pone á manejar la péñola, y entonces quizá vale mas que una muger casada vulgar. Si no descuella bajo aquel concepto, sigue la corriente de sus consocias, empuña la tijera, y corta sendos vestidos á todo prójimo; ocupacion muy útil á hembras que se encuentran sin entrada como género de ilícito comercio, y sin salida como mercancía averiada. Unas se tornan á casa mientras complaciéndose en contribuir á lo que no han podido ejecutar: otras se trasforman en zurcidoras de voluntades; otras se vuelven beatas, intriguantes, embolismadoras; tales peripecias dependen de los instintos, hábitos y educacion de cada ciudadana.

A las jamonas en cuestion se las llama con este predicamento, se les dice que se quedan para tias ó para vestir imágenes, y tienen que aguantarse, sin que el código penal vigente las autorice para entablar demanda de calumnia ni aun de injuria. No falta sin embargo alguna jamona erudita que sostiene hallarse comprendida esta palabra entre aquellas cinco famosas especificadas por una ley de artida: si no está terminantemente escrita, es porque á la sazón no habia aparecido este vocablo en nuestro idioma; pero la disposicion legal le comprende en su espíritu y da lugar á la interpretacion doctrinal.—Ni por esas.

Un rasgo culminante distingue ordinariamente á las jamonas solteras, la amabilidad. No una amabilidad natural, espontánea, casi diria innata, sino una amabilidad fingida, acomodaticia, diplomática: la de una madre que tiene muchas hijas feas y sin dote; la del pobre pretendiente en antesala ministerial; la del avaro á la cabecera de un tio millonario y moribundo. Esto se comprende fácilmente: la que observa que sus adoradores marchan en retirada á guisa de ejército desbandado; que vuelven la espalda al astro en su ocaso, en remedo de versátil girasol; que la primavera vestida de verdura se convierte en otoño lleno de hojas secas y marchitas y de campos desnudos y desiertos, procura neutralizar tan desastrosas derrotas con ese barniz seductor, ese atractivo halagüeño, esa apariencia fascinadora, ese talisman que domina los corazones. La amabilidad pues viene á ser el único recurso, el harpon pescador, el amuleto, el cloroformo, el áncora de salvacion de la jamona. Héla ahí cómo trata de comunicar dulzura y melodía á su voz, de mover los ojos en requerimiento de espresion sentimental y sublime, de teclar el peinado mostrando su bien formada mano, de ir en cuerpo esbelto, de redondear los contornos de su pecho, en cuanto sea posible. En suma la jamona reúne todos sus esfuerzos á ver si puede dar un golpe decisivo; hace lo que un general en una batalla, ó lo que un orador que en el epílogo de su discurso escita las pasiones y tiende á obtener un triunfo brillante.

La esperanza es lo último que muere en nosotros. Por eso la jamona aspirante todavía espera contraer matrimonio. Verdad es que no ostenta las pretensiones de sus años juveniles; entonces su fantasia reclamaba un buen mozo, de cuna distinguida, de elementos y de porvenir; al presente se conforma con un elegante de lugar que vista frac de lengüetas que cubra los talones, y que use por corbata una servilleta; si no se somete á enmaridarse con un sesenta que padece neo. Para esta gente nada vale la siniestra sentencia del hime-te: *Lasciate ogni speranza, voi che entrate*. Al oír una jamona *malgre his* referir un bodorrio desproporcionado, risible, estrambótico, es aguijoneada por la curiosidad, risa-atento oído, y se goza en esplanar comentarios; lo cual le sirve de consuelo y le sugiere esta idea feliz que la tranquiliza: si esto se ha verificado, no debo afligirme por mi suerte.

Entre los jóvenes de ambos sexos media esa simpatía, esa propension arraistradora que tarde ó temprano concluye con la mayor parte de las comedias, esto es, por boda. Mas entre jamonas doncellas y solterones la cuestion varia de todo punto, pues que se miran como enemigos, á causa de que el número de aquellos se halla en razon inversa de los casorios. La jamona huye del solteron como el pájaro del milano, como la gallina de la zorra, como el raton del gato, como los escribanos de los visitantes del papel sellado, como los tramposos y los rateros del alguacil, como el *fashionable* tronado de los encuentros del sastré; comunmente la jamona será la víctima; no obstante, en ocasiones sucede lo contrario. Los casados, y sobre todo si han sido ya mártires, temen al solteron que frecuenta su casa, lo mismo que los labradores al divisar una nube de langosta que cae sobre los sembrados: las casadas casquivanas y montadas á la *derriere* y al nivel de la ilustracion del siglo, quieren al solteron cual á su comedilla; se aproximan y entienden; son el iman y el hierro, la palma y su compañera, un Ministro y un contratista.

Entre la soltera añeja y el solteron promedia una distancia inmensa en lo que respecta á sus ilusiones y porvenir. Para ella cada día que transcurre es un tormento; aquí se le cae un diente ó una muela, amenazando dejarle la boca desempedrada, mascullando y en disposicion de manducar solo puches y gachas: allí le asalta una cana insurrecta y revolucionaria que turba su reposo y corrobora su fé de bautismo alterada por sus ardores y diabluras: ora empiezan á germinar unos bigotes de negro humo ó una barba de cabra á similitud de cizaña maldita ó de espárragos por abril; ora el semblante va perdiendo su frescura, parecido á una flor que se aja y mustia traspassado el limite de su lozanía, y parecido tambien á una haza ó bancal de secano sin barruntos de riego: en fin, prevé que va perdiendo sus armas y sus galas, cual árbol que se queda en esqueleto durante el invierno, pero sin traza de que vuelva á retoñar y reverdecer. Estas reflexiones son funestas para la jamona, sobre todo si una educacion pecuniariamente brillante no la indemniza de estas pérdidas; ó si no es literata y bachillera; ó si no gusta de murmurar; ó si no vive en países donde las mugeres se desquitan y olvidan un tanto de sus contratiempos, estableciendo sociedades, clubs y academias en que se discute según prácticas parlamentarias, sobre la igualdad de derechos entre varones y hembras, sobre el socialismo de Saint Simon, sobre la instruccion científica del bello sexo, sobre las reformas que deberian introducirse en el cuerpo humano, por ejemplo, proscribir la existencia del pelo, poner las pantorrillas hácia adelante, dar movimiento en todas direcciones á la nariz y á las orejas, y otros varios temas de una influencia incalculable en la felicidad de nuestra especie.

(Continuará.)
ANTOLIN ESPERON.

Máxima.

Proposicion general que contiene una verdad práctica. Pondremos aquí algunos ejemplos.

- I. No se debe dejar crecer yerba en el camino de la amistad.
- II. Tres cosas arrojan á la calle las mugeres: el tiempo, la salud y el dinero.
- III. No des consejo á quien no te lo pida, ni reprendas á quien lo merezca, ni diviertas al que se enfada.
- IV. No alabes nunca á las gentes que estimas, sino en general, y jamás en particular.

DIARIO DE UN NAUFRAGO.

(Conclusion.)

De trabajo, ya no volví á acordarme, y abandoné mi último drama por concluir, sin inquietarme un minuto de su suerte.

Todo el día andaba de un lado á otro para matar el pensamiento que me devoraba y abreviar las horas interminables; pero al fin llegaba la noche, en ella me aguardaba mi regalo cotidiano; entraba en el teatro de Rosa. Desde entonces vivia todo mi ser se conmovía, todo vibraba como una lira encantada, pues la veía, la oía, la respiraba: era una felicidad inaudita, pero abrumante y seguida de una estremada fatiga. Después de la representación volvía á mi casa para recordar una á una todas mis emociones del teatro, y aguardar en una noche sin sueño el día siguiente, que debía traerme los mismos gozos, los mismos dolores.

La vida que llevaba era dura, y al cabo de seis semanas me hallé rápidamente tan cambiado, que nadie me conocía, y mis conocidos pasaban por mi lado sin hacer alto en mí.

A fuerza de interrogar al acaso, dando vueltas y revueltas en derredor de la casa de Rosa, sucedió que mi obstinacion venció por último los obstáculos. En uno de esos momentos en que se relaja la vigilancia mas activa, pude penetrar en su casa. ¡Cuánta paciencia, cuántas artimañas de cazador me acecho! ¡cuántas astucias de indio en la guerra de sus bosques me habia costado ese triunfo, resultado de tres meses de tentativas cotidianas!

Me hicieron aguardar en una primera sala, y me senté. Imposible es decirlo el mundo de pensamientos que se arremolinaron en mi cerebro durante aquellos cinco minutos de espera. Para figurarse semejantes pruebas, es preciso haber pasado por ellas. ¡Iba á ver á Rosa! ¡á estar á su lado!

blaría!... Mis arterias latían fuertemente, sentía calofrios, y mi frente se inundaba de sudor; tenía calentura... Mi plan estaba formado. Pensaba dirigirme á ella, cojerle la mano y decirle: «Todo está perdonado, vuelve conmigo.» Y ella se arrojaría á mis brazos, y yo la llevaría á mi casa, para mí, lejos de todos; y yo habría hallado mi tesoro, reconquistado mis embriagueces perdidas, y nos amariamos como antes, mas que nunca. Mil voces confusas zumbaban á mis oídos: todas mis arrebatadas felicidades volaban al nido mas delirioso; un enjambre de proyectos y placeres revoloteaban en mi imaginación: era como la fiesta del arrepentimiento y del perdón.

Presentóse Rosa: su vista me deslumbró: me recojí para hablarla, pues había olvidado lo que quería decirle; entonces ella se adelantó hácia mí, mirándome con benevolencia, como se mira á un desconocido cuyo aspecto inspira compasión; luego, viendo que yo guardaba silencio, me dijo con su dulce y armoniosa voz:

— ¿Quién sois? ¿qué queréis de mí?
— ¿Quién era? ¿qué quería? Rosa era como los demás, amigo mio: ¿ni siquiera me reconocía!

Ese último golpe fué demasiado duro para mis fuerzas, pues las luchas de la pasión me habían debilitado mucho. Vacilé, pegóseme la lengua al paladar, no pude pronunciar mi nombre, y sólo supe prorumpir en llanto como un niño, y escaparme diciendo adiós á toda felicidad, á toda esperanza.

Mi amor hubiera debido morir de ese golpe; pero sobrevivió como esas pobres plantas sin perfume que vejetan á despecho del invierno: os he dicho que mi amor era ya una locura.

Una noche, en el momento de tomar mi billete en el teatro, advertí que ya no tenía dinero. Había gastado todo lo que trajera á París, y quedaba sin ningún recurso; pero ¿qué me importaba la miseria? Solo una consideración me inquietaba, la imposibilidad de entrar en aquel teatro que yo había convertido en mi Edem. Tres días seguidos tropecé contra ese obstáculo, rodando delante de la puerta como el hambriento que espera las migajas de un festín, y creí perder enteramente la razón.

El tercer día, mientras yo miraba el gentío con ojos desesperados, se me acercó un hombre, cuya cara no me era desconocida, y me dijo:

— ¿Con que ya no venís al teatro?
— No tengo dinero, le respondí; si lo tuviese...
— ¿No tenéis dinero? — repitió aquel hombre mirándome de pies á cabeza, — ¿y queréis entrar?

— ¡A costa de mi vida! exclamé. ¡Quiero verla todos los días!
— ¡Solo es por falta de dinero, todo se arreglará; venid conmigo.

— ¿Y me hareis entrar sin... pagar?
— ¡Sí; pero se podrá contar con vos. ¿no es así?

Yo le seguí sin comprender el sentido de sus palabras. Era un salvador, un amigo, un padre; mi gratitud fué ilimitada por aquella bondad inesperada cuya causa no podía esplicitamente: gracias á él, entré en el teatro á pesar de mi miseria, y pude desahogar á la suerte encarnizada.

Al entrar tuve un momento de gozo supremo, de triunfo indecible; pero mas tarde supe quien era mi ángel tutelar y á qué precio me había vendido mi felicidad... ¡Después de haber soñado la gloria, era *claqueur* (1).

Me proporcionaron para el día copias y otros trabajos análogos, que bastaron para ganar el alimento y vestido cotidianos; pero comprendí que en lo sucesivo no me era ya posible acercarme á Rosa, y me resigné con el único placer de verla y aplaudirla todas las noches en las tablas. Además, nada embruetece tanto como la miseria y el pesar, y sentí que mis facultades intelectuales decaían gradualmente al mismo tiempo que se extinguían mis ambiciones.

Trascurrieron los años para mí como para los dichosos de este mundo; el tiempo pasó sobre mi cabeza, é insensiblemente hizo una grata costumbre de lo que había sido una pasión furiosa. La gota de agua que cae sin cesar llega á gastar poco á poco las rocas mas formidables: el tiempo es la gota de agua de todos nosotros.

Hace cinco años Rosa, siempre bella, ha partido para Rusia, para donde estaba contratada: yo hubiera querido seguirla; pero un viaje tan largo cuesta caro, y yo no tenía nada. En esa ocasión la pobreza dejó también frustrados mis deseos, y sólo seguí con el corazón á la viajera. Mucho fué el pesar que me causó su marcha, pero lo soporté como había soportado lo demás, y seguí yendo al teatro á desempeñar insistentemente el oficio á que estaba habituado.

Por otra parte, ¿no era estar en cierto modo con ella el entrar en aquel teatro que ella había animado tanto tiempo con su presencia, y cuyos ecos todos conservaban una nota de su voz?

Yo moriré sobre mi banqueta, pobre, desconocido, resignado; pues están agotadas las fuentes de mi vida, y va á apagarse la lámpara por falta de alimento.

Bien pronto, amigo mio, recibireis estas tristes confidencias con mi último pensamiento, porque espero que bien pronto habré cesado de recordarlas y sufrir. ¡Bella y bienvenida es la muerte que consuela!...

Hasta ahí llegaba el manuscrito del desconocido; sin duda no debió sobrevivir mucho tiempo, y la muerte, á su llamada, vino á traerle lo que buscaba: el descanso!

EUGENIO BERCIOUX.

EL PINTOR ROBINEAU EN RUSIA.

El que se hace retratar por divertirse, solo busca un pretexto para conversar, figurándose que así no pierde el tiempo: cree que me darán la razón todas las mugeres bonitas, cuyos encantos haya reproducido el pincel de un artista mas amable que hábil.

Robineau era hombre capaz de retratar á todo el género humano, cuando la miniatura y el óleo estaban en boga, ó lo que es igual, antes que Daguerre descubriese uno de los mas importantes secretos de la cámara oscura; y aunque, en vista de las muestras que espuso ante mis ojos, estaba yo persuadido de que no poseía el talento de Van Dick, consentí de buena gana en que me pintase á su manera, seguro de que al pié del retrato tendría que poner mi nombre y apellido, para que mis amigos me conociesen en él, y de que seria para mi tan grata su compañía, que llegaría á inspirarme el deseo de pagar por su detestable trabajo duplicado precio. Era sin embargo Robineau demasiado orgulloso para aceptar lo que no creyese haber ganado legitimamente, y para dar una idea de su delicadeza voy á referir un episodio de su existencia azarosa, que me contó, no bien me tuvo sentado á su frente y con el caballete preparado para dar principio á la confección del monstruo, que iba á pasar á la posteridad por mi verdadera efigie.

«Caballero, me dijo, aquí donde me veis he viajado mucho y conozco todas las aguas de Europa, en las cuales he retratado Excmos. señores, millores, barones alemanes y príncipes rusos. He sido además contrabajo en las orquestas de los principales teatros, maquinista, pintor de decoraciones, profesor de idiomas, maestro de música, de armas, de baile, en una palabra, un poco de todo, pero siempre hombre honrado, por supuesto. ¡Bah! ¿Y qué es el oro? Una bolsa vacía y una conciencia pura son cosas que suelen andar muy juntas por el mundo. He podido ser rico, millonario; pero me hubiera sido indispensable hacerme sordo á los golpecitos que me da en el pecho este corazón, que nunca me llama al orden inútilmente.

«La multitud de ejercicios ó profesiones en que sobresalía llamaron, en las aguas de Baden, la atención de un potentado ruso, que tenía hijos por educar, una gran residencia que embellecer, y un teatro por montar: había conocido que era yo el hombre universal que él necesitaba. Ofrecíome soberbias ventajas, y me entregó, para preparativos de viaje, un bolsillo repleto de oro, que miré con el mas profundo respeto, y al cual hice un gracioso saludo antes de tocarlo. Todo fué bien mientras permanecimos en París, adonde pasamos para comprar todo cuanto exigían los grandes proyectos del conde; pero durante el viaje hasta Moscow, en el que me acompañó su mayordomo mayor, me puso este al corriente de mi nueva posición por medio de pormenores poco satisfactorios. Obediencia pasiva, sumisión ciega, reserva invencible; hé aquí las primeras condiciones que imponía aquel señor á las personas que admitía al honor de servirle.

«El tal mayordomo, cuya principal misión, como la de todos los de su especie en Rusia, consistía en referir á su amo todo cuanto oía ó veía, me desagradó alta y soberanamente, y comprendí, por su atractiva conversacion, todo lo que tendria que sufrir en una atmósfera preñada de intrigas, de espionajes, de chismes y de embustes.

«El rostro del conde R... que me había parecido tan amable y risueño en Baden y en París, adquirió desde la primera parada, mas allá de la frontera, una espresion fria y severa, y no habíamos caminado aun veinte leguas, cuando aquel gracioso y benévolo extranjero estaba ya convertido en un Kalmuco, que podía servir de tipo en los cuentos de brujas, tan horripilantes para los niños. Su baston de caña con puño de oro y piedras preciosas tenía á mis ojos la propiedad de transformarse en *knout*, y mi imaginación, que jamás me había atormentado al contemplar las bellezas de la creación, comenzó á galopar por el campo del terror con tal foga, que cuando entramos en la hostería para hacer noche, fui á sentarme pensativo junto á una ventana, apoyando la cabeza entre las manos y maldiciendo la fatal idea que me había impulsado á aquel viaje. Poco después, la pesada mano del conde, que cayó sobre mi hombro para arrancarme de tan dolorosa meditación, me hizo experimentar la horrible angustia de los bastonazos, que se habían fijado en mi mente.

«Llegamos por fin á Moscow, y al cabo de algunos días que permanecimos en la antigua capital de todas las Rusias, en la que nada admiré, porque nada prepara menos á la admiración que el miedo, marchamos á la residencia del conde R... y allí respiré un poco mas. Al verme entre niños y entre árboles recobré el valor y la alegría: por otra parte, la señora condesa era en extremo bondadosa é indulgente, y se aflijía al observar la severidad del conde, aunque no se atrevía á intentar dulcificarla, porque en tal caso solo hubiera conseguido aumentar su cólera y que una parte de los efectos de su constante mal humor cayesen sobre ella.

«Las mañanas, como dedicadas á los estudios, eran para mí las mejores horas del día; pero las de recreo y las de comer, cuando toda la familia se reunía y temblaba en presencia del señor, se me hacían tan insostenibles, que me es imposible describir lo que en aquellos momentos padecía. No puedo ver humillado á otro hombre; de modo que mi corazón recibía de rechazo los golpes del *knout*, que caían sobre las espaldas de los criados de la residencia.

«En Rusia subsiste todavía la barbarie feudal, y... ¡cosa terrible para el que ciñe espada! la charretera de oficial no libra á este del *knout*, el cual, con arreglo á las órdenes del emperador, puede infamar al noble lo mismo que al plebeyo. Ya comprenderéis que no se escasearía este método de emulación para desarrollar la inteligencia de los aldeanos, en el país que habitábamos, y mi alma se desgarraba al ver administrar al tenor del teatro, que yo dirigía para recreo del conde, una dosis de golpes, igual al número de notas falsas que emitía. La corrección tenía lugar entre bastidores, de modo que el conde de Almaviva, al separarse del balcon de Rosina, se veía castigado por su serenata de una manera brutal, capaz de satisfacer la celosa rabia del tutor mas caprichoso y descontentadizo. Los bailarines se hallaban sometidos al mismo régimen que los cantantes: los céfiros, que giraban sin gracia sobre las puntas de las flores de carton pintado, los amores y las ninfas, cuyas actitudes y piruetas no conseguían transportar al conde hasta el cielo mitológico, recibían, sin que les amparasen sus doradas alas de gasa, castigos terrestres y severos. Aquello era triste y divertido á un mismo tiempo: un francés ó un español se hubiera muerto de vergüenza; pero la costumbre hace soportable á los rusos tan odioso régimen. Os aseguro que yo sufría cruelmente al verlos padecer, y procuraba, á fuerza de ensayos particulares, poner á aquellos pobres diablos en disposición de satisfacer los deseos del terrible *dilettante*, á quien era preciso divertir á toda costa.

«Uno de los mayores placeres del conde era el billar, y su escelencia se dignaba admitirme, á falta de otro jugador mas

noble, al honor de acompañarle. ¿Qué sucedía? Que yo, colosalmente afamado en los cafés de Tolosa y de Strasburgo, me dejaba arrastrar muchas veces por mis brillantes recuerdos y arriesgaba billas por tabla, que producían coléricos relámpagos en los ojos de mi antagonista. Una tarde, en que ya le había ganado muchas veces, me trastornó tanto el humo de mis triunfos, que llegué á olvidar de todo punto que estaba jugando mi porvenir contra una gloria de cinco minutos, y ya me preparaba á hacer el último golpe para ganar otro partido, cuando acercándoseme rápidamente la condesa y pasando detrás de mí, me tocó en el hombro con disimulo y me dijo al oído: Perded.—Seguí prudentemente su consejo, cuya urgencia me reveló la satisfacción de las facciones del conde, que acababa de ganar la primera revancha.—Ea! me dijo, otro partido, Robineau, y aumentemos la apuesta dos rublos.—Acepté y dejé que volviese á ganar mi adversario, que se aficionó á un éxito nuevo para él con tan hábil jugador como era yo. Entablamos el tercer partido, y el conde salió de él victorioso y radiante. Érame sensible un sacrificio de vanidad; pero el de dinero era para mí mucho mas difícil; de modo que, después de haber perdido seis luises, me decidí heroicamente á no proseguir una lucha, en la que mi honor y mi humilde bolsillo se encontraban igualmente comprometidos.—Tendréis la bondad de perdonarme, señor conde, le dije, y me permitiréis que no juegue mas.—¿Y eso por qué? me contestó.—Para un pobre como yo, repuse, creo que ya basta por hoy, pues no puedo arriesgarme á perder mas.—¿Creeis por ventura, me replicó con desprecio, arrojando el taco sobre la mesa y lanzándome una mirada que equivalía á un bastonazo, creéis, señor Robineau, que yo quiero el dinero de un hombre como vos? Estas duras palabras, pronunciadas con el acento de un ruso irritado, me alborotaron toda la sangre; pero hice un esfuerzo sobre mí mismo, y logré dejar sin contestación tan cruel apóstrofe: inclinéme ante mi gracioso señor, y salí de la sala de billar para entregarme á mis cavilaciones á la sombra del jardín. El aire y los árboles eran mis únicos amigos, y mis meditaciones, como podeis suponer, de todo tenían menos de agradables y consoladoras: el mal del país me acometió de tal modo en aquel momento, que me pareció imposible permanecer una semana mas en aquella atmósfera, en que el hielo de los corazones es mas sólido que el del Neva, donde todos tiemblan, desde el esclavo que se estremece delante de su amo, hasta el amo que desconfia del esclavo, y donde el palo forma los guerreros, los artistas y los legisladores.

«Nunca se me apareció con tan bellos colores la hermosa imagen de mi patria; un deseo loco de libertad se apoderó de mí, y decidí marcharme de aquel suelo, que era mi muerte. Dejé trascurrir algunos días, para que mi proyecto no se asemejase á una fuga, sino á un regreso á mi país, exigido por asuntos de familia, y me escribí una carta, en la que me anunciaba la muerte de mi esposa, acontecimiento que los trabajos de mi existencia conyugal me hacían mirar como dichoso, y que supe por un francés recién llegado á Rusia. Cerré con la cre negro esta dolorosa misiva, y me la hice entregar públicamente por mi compatriota, quien fué introducido en la residencia feudal á la hora del almuerzo, y que representó á las mil maravillas su papel de mensajero de muerte. Derramé lágrimas como de un esposo inconsolable, y quedé resuelta mi partida. ¿No era escusable mi artificio? ¿No es permitido todo al hombre para huir del cautiverio? Debo confesar también que habiendo sido Xantipa (así se llamaba mi muger) la causa principal de mi viaje, al cual me impulsó el deseo de mantener la paz á todo trance, parecióme natural que su muerte me sirviese de pretexto para recobrar mi libertad perdida.

«Llegado el día de la marcha, dí las gracias con efusión á la escelente condesa, cuya sonrisa y benévolas miradas habían dulcificado mis penas; abracé á escondidas á sus niños, con quienes no me hubiera atrevido á tomarme esta libertad delante de su padre, y dirigí al conde uno de esos saludos profundos y respetuosos, que parecen indicar, en su ceremoniosa lentitud, el contento del que se ausenta.

«Poco después pude exclamar como Tancredo:

¡Ah patria cara! Al fin á te ritorno.

La historia de Robineau terminaba aquí, y al mismo tiempo quedó concluido mi retrato, que, según me figuré desde un principio, solo se me parecía en que vestía uniforme como yo.

Separámonos con sentimiento, y él quedó mas satisfecho de los cigarros que le regalé y de un fuerte apretón de manos, que de todos los rublos que le arrojaba la munificencia de su temible señor moscovita.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPITULO XII.

La jóven aristócrata.

La morada de Bonaparte era el centro de reunion de la sociedad escogida de París: casi todos los generales de la República acudían á ella en dias determinados, como si fuesen á recibir las órdenes de su jefe superior. Los mismos individuos del Directorio se habían visto precisados á seguir el impulso general, y visitaban al *ilustre rebelde*. Gohier, no obstante su republicanismo, dió un banquete para festejar la llegada de Bonaparte, y Barras no se reía ya con sus amigos de la loca ambición del general; Moulins consideraba á la República como un glorioso despotismo militar, y en cuanto al abate Sieyès y su amigo Roger Dacos, se habían dulcificado mucho respecto al *oficialito atrevido y petulante*. Sieyès era enemigo personal de los *Jacobinos*, no simpatizaba con los realistas, y tenía celos de Barras. ¿Con quién pues había de aliarse aquel metafísico, ávido de mando, sino con Bonaparte? Ignoramos las condiciones que sirvieron de base al tratado; pero este existía antes del diez y ocho *brumario*, y comprometió en el partido del general á los hombres mas influyentes de la época, como Talleyrand, Fouché, Real, Regnault de Saint Jean d'Angely, Cambaceres, Lebrun y otros muchos.

«Hombre pagado por aplaudir en los teatros.

Cierta tarde anunciaron á la generala Bonaparte que una jóven deseaba hablarla; hizo pasar al salon de recibo, y al verla sumamente conmovida, se levantó Josefina, la estrechó las manos con afecto, y la obligó á que se sentase junto á la chimenea. En seguida la rogó que se tranquilizase y la dijese su nombre: este nombre era Elena de Rencey. A los diez minutos de conversacion estaba ya al corriente Josefina de la situacion particular de la señorita de Rencey, y lo único que le faltaba era conocer el objeto de su visita. Al llegar á este punto se turbó visiblemente Elena; mas por último dijo que habia ido á suplicar á la generala se sirviese comunicarla algunos informes indispensables acerca de un oficial ayudante del general en jefe del ejército de Egipto. Josefina, cuya sensibilidad era esquisita, respondió al punto:

—Hay aquí otra persona que podrá satisfaceros mucho mejor que yo.

Elena empezó á temblar, pensando que tal vez iba á verse en presencia de Bonaparte.

—¿Qué! ¿Tendrais miedo del general, señorita? añadió Josefina. Sosegaos, porque solo es temible para los enemigos de la Francia. ¿Queréis esperarme un momento?

Diciendo así, se levantó y fué hácia la puerta del gabinete; entró en él, y volvió á cerrar dicha puerta. Trascurrieron unos cinco minutos, que parecieron á Elena cinco horas mortales.

Por fin apareció la generala, y tras ella entró en el salon un hombre como de treinta años, de estatura mas baja que la regular, delgado, moreno, de segura y penetrante mirada y sencillamente vestido. Era el general en traje de casa. Elena sin mirarle fijamente se inclinó con la dignidad particular, propia de las señoras de la suprimida corte, y sorprendido Bonaparte de tan distinguidas maneras, procuró tranquilizarla con palabras suaves y afectuosamente respetuosas. La generala se habia sentado y obligó á Elena á que lo hiciese en una silla inmediata á la suya. El general, en pié junto á la chimenea, cedió á su costumbre y comenzó á pasearse por el salon sin dejar de hablar, y la señorita de Rencey contestaba á las preguntas de Josefina, sin cuya amable intervencion se hubiera probablemente explicado muy mal.

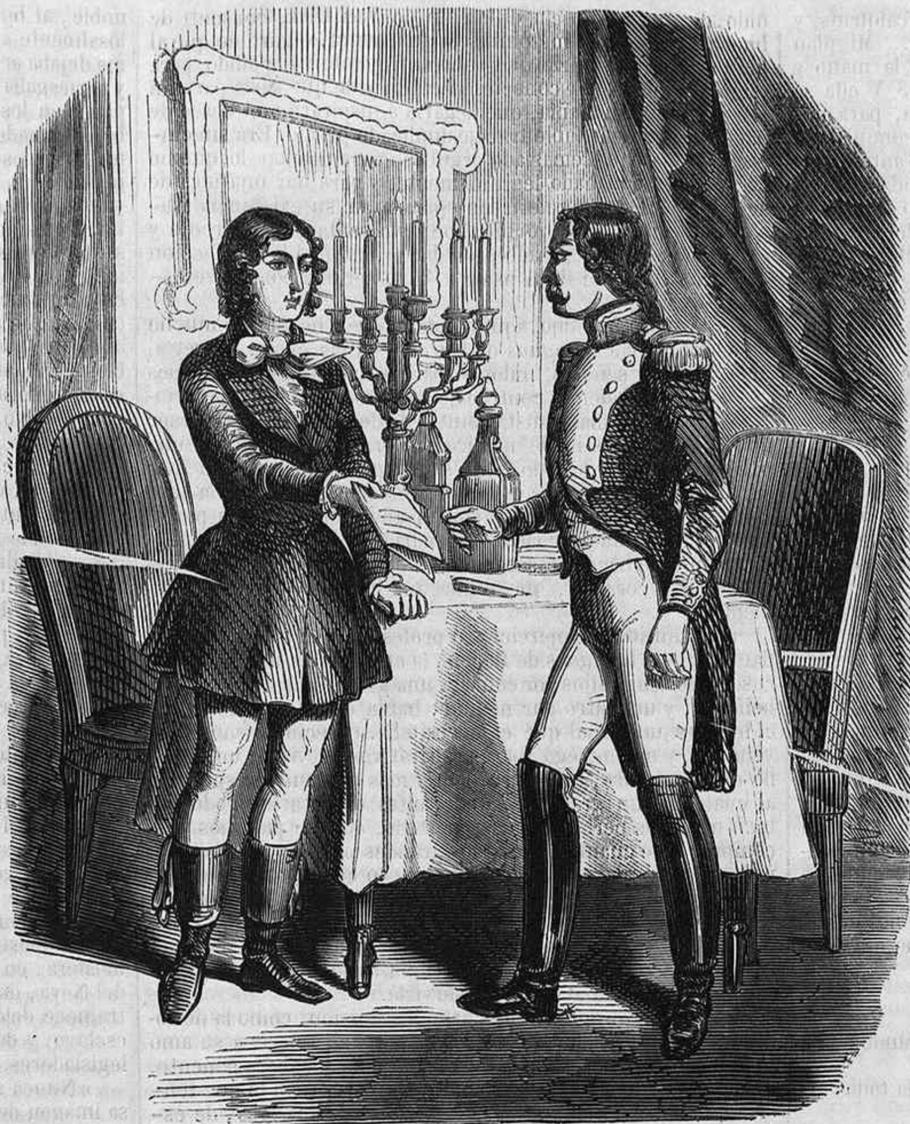
—Lo que os he oido, señorita, me sorprende mucho, dijo Bonaparte. Tengo al capitán Raimundo por uno de los mas valientes y de los mas honrados oficiales del ejército, y así estoy seguro de que esas voces son calumniosas. Ignoro cómo ha podido enriquecerse de pronto, no bien ha vuelto á Francia; no sé dónde habrá podido encontrar cuatrocientos mil francos para comprar los dominios de Rencey; pero lo que me consta es que el capitán no se ha vendido á nadie, ni á la Inglaterra, ni al Austria, ni á la Rusia. Posee toda mi confianza, la ha justificado cien veces, y en este mismo instante se halla en Suiza encargado de una mision que le he confiado para el general Massena. Pronto estará en París de regreso, y si no me equivoco en mis cálculos, tal vez le veamos mañana por la noche.

Este lenguaje tan sencillo, tan franco y tan autorizado que afirmaba en vez de discutir, devolvió á Elena una esperanza y un valor que creia perdidos para siempre. Miraba al general con admiracion; sus facciones recobraban el brillo acostumbrado, y una lágrima se desprendia de sus hermosos ojos. La generala, siempre feliz por las victorias que alcanzaba su esposo, vió con un sentimiento de profunda alegría la emocion de la señorita de Rencey: Bonaparte proseguia su paseo por el salon, entregándose en voz alta á reflexiones que le irritaban.

—No puede ser mayor la perversidad de mis enemigos políticos: ya que los cobardes no pueden acusarme frente á frente, tratan de desacreditar en público á mis oficiales. Sin duda Lannes, Murat, Berthier y los demás generales que he traído de Egipto, se han vendido al oro extranjero. Pero no; todavía no se atreven á atacar abiertamente á los jefes, y se ceban en los oficiales subalternos para tantear al público. Tranquilizaos, señorita; el capitán Raimundo es digno de vuestra estimacion, y siempre aspirará á merecerla. No debo ocultaros que ya me ha hablado de vos, y... permitid que os diga que velaré sobre vuestra suerte.

—¡Ah, general! exclamó Elena. ¡Cuántas gracias debo daros! Mi gratitud y la de mi padre...

—No hablemos de vuestro padre, señorita, pues el capitán me ha enterado de su deplorable situacion y de sus antipatías. Su monomania es verdaderamente inconcebible. ¡Negar los hechos, negar la historia contemporánea, y vivir en el siglo pasado hallándose rodeado de las terribles peripecias del presente! En cuanto á su supuesta calificacion de emigrado, pienso como vos, señorita; nadie le inquietará por este moti-



Las cenas del Directorio.

vo: tambien ha sido una monomania por parte de los revolucionarios llamar emigrados á los que solo deseaban vivir en sus casas ignorados é inofensivos. ¡Bah! Todo eso terminará muy pronto.

—¿Creéis pues, general, que ya no se perseguirá en Francia á los que no han sido ardientes partidarios de la revolucion?

—Os aseguro, señorita, que á nadie se perseguirá injustamente; pero los que sueñan en cosas imposibles y se mezclan



Las cenas del Directorio.

en conspiraciones, que miren bien lo que hacen. Vuestro padre está muy lejos de contarse entre ellos, y aun se me figura que si yo le viese, tal vez lograria hacerle olvidar sus quimeras.

—Se asegura que en Jaffa curásteis á un apestado con solo tocarle. ¿Podré esperar, Dios mio, que mi pobre padre recobre la razon por la fuerza de vuestra voz y por el ascendiente de vuestras miradas?

La piedad filial de Elena, sus nobles acentos, sus esperanzas mezcladas de lágrimas, conmovieron extraordinariamente el corazon del general.

—¿Dónde está ahora vuestro padre? la preguntó este.

—En París desde ayer, pues ha querido consultar su curacion con un médico afamado.

—¡Bah! Los médicos... viven de la medicina y nunca desean curar al enfermo que les paga bien... Es verdad que no pueden hacer lo... En fin deseo ver á vuestro padre. ¿Dónde habita?

—En la calle de Richelieu, general; en el palacio de las Victorias.

—Hé ahí un buen agüero, dijo Josefina; yo tambien me convido para esa visita.

—¡Ah señora! exclamó Elena. ¡Cuánta bondad os la vuestra!

La generala abrazó á aquella jóven que parecia tan dichosa por lo que acababan de decirle, y el general, que nunca diferia el cumplimiento de los deberes que le impresionaban, preguntó á Elena la hora en que podria ir á su casa con su esposa, y en seguida, por un exceso de galanteria, quiso acompañarla hasta su carruaje, que se hallaba en el patio. Allí cojió afectuosamente su mano y se la estrechó, mirando al mismo tiempo á Josefina, que se sonreia con una malicia encantadora.

El carruaje partió: era un modesto fiacre; pero la señorita de Rencey no lo hubiera cambiado en aquel momento por la carroza mas aristocrática del mundo.

CAPÍTULO XIII.

Feydeau.

Aquella misma noche asistia el general Bonaparte en el teatro Feydeau á una funcion muy escogida, en la que debian cantar Martin y Elleviou. Toda la sociedad elegante de París, compuesta de *dilettanti*, *currutacos*, notabilidades financieras, ilustraciones militares, hombres de Estado, artistas, poetas, damas, etc., etc., se habia citado para aquel célebre teatro. En aquel tiempo dos cantantes llenaban con su fama la Europa, y se hablaba tanto de ellos como de los triunfos y reveses de los ejércitos republicanos.

Poco importa saber en qué ópera cantaban juntos aquella noche Martin y Elleviou; baste decir que el teatro se hundia con los aplausos de un público entusiasmado é idólatra.

El general Bonaparte, que iba muchas veces á la ópera desde su vuelta de Egipto, habia pedido un palco para él y dos ó tres amigos, y la direccion del teatro puso á su disposicion el mejor, como siempre, y el que preferia él, pues tenia un saloncito de descanso, al cual se llegaba por una escalera, cuya entrada se veia en la calle de las Columnas.

La puerta, la escalera y el saloncito subsisten todavia, y ocupa el último un dentista, hombre sin duda muy honrado, pero que no sospecha los brillantes recuerdos que encierra su laboratorio.

Bonaparte habia sido recibido, al aparecer en el palco, por una salva de aplausos. Siempre que en él se presentaba se levantaban todos los espectadores: era ya César, vencedor de los Galos, cuando llegaba al *Podium* del anfiteatro. Acompañaban al general aquella noche Lannes y Murat, y durante un entreacto salió el último, á una seña que le hizo la muger encargada de abrir el palco: cuando volvió á entrar en este habló en voz baja con Bonaparte, y después añadió:

—A fé mia, que en vuestro lugar iria al salon de descanso, aun cuando perdiese la salida de Martin.

—Sea pues así, contestó el general; esperadme.

Dejó á sus amigos y pasó al saloncito, en el cual le esperaba un jóven.

—Caballero, le dijo Bonaparte, ¿qué me queréis?

Al mismo tiempo se sentó en un sofá, y observó con sorpresa que el jóven hizo lo mismo tan francamente como si fuera un príncipe.

—¡Ah! Iba á ofreceros ese sillón, le dijo el primero.

—Gracias, general, contestó; estoy mejor en el sofá y á vuestro lado.

—¿Qué se os ofrece?

—Poca cosa.

—Pues habeis hecho mal en hacerme salir del palco.

—Perdonad; el asunto es muy importante para vos.

—¡Bah! ¿Se trata de algun miserable que quiere asesinarme?

—No: vengo á preguntaros si es cierto que queréis derribar el Directorio para apoderaros del poder.

—¿Y para qué me lo preguntáis?

—Para obtener una respuesta categórica.

—Jóven, sois muy atrevido.

—Quien no se arriesga no pasa el mar. *Audaces fortuna juvat.*

—¿Qué interés os mueve á cuestionarme?



El pintor Robineau en Rusia.

ha visitado á mi esposa, porque sin duda se trata de ella; pero hacer que dependa mi suerte de vuestra estrella amorosa me parece un poco fuerte.

—¿Quereis oponeros á ese matrimonio?
—Quiero que se verifique.
—Luego renunciáis á reemplazar en el poder al Directorio. Asunto concluido.

—Renunció á conversar con un loco.
A esta sazón se abrió la puerta, y el general Lannes dijo á Bonaparte:

—Martin está ya en la escena.
—Allá voy, respondió aquel.
Lannes se retiró cerrando la puerta.

—¿Y qué! repuso el jóven, ¿todavía estais aquí al lado de un loco?
—Vuestro nombre, caballero, dijo Bonaparte; quiero saberlo.

—El rey de Francia decia, *queremos*, contestó el jóven: *quiero* es palabra demasiado imperativa para mí. No soy soldado vuestro.

—¿Ah! Si lo fuérais, ya nos entenderíamos de otro modo.
—Lo sé, general; pero si no cedo ante una orden, siempre estoy pronto á satisfacer una curiosidad: me llamo Chateaneuf.

El general se levantó, cruzó los brazos, y empezó á observar con atencion al personaje que tenia delante, y cuyo nombre fingido conocia, por haberle hablado de tan singular carácter el capitan Raimundo.

—¿Estais ya contento? le preguntó el jóven: ya veis que no puedo estar muy enamorado de la bella Elena, ni dispuesto á representar por ella el papel de Paris, y mucho menos el de Menelao.

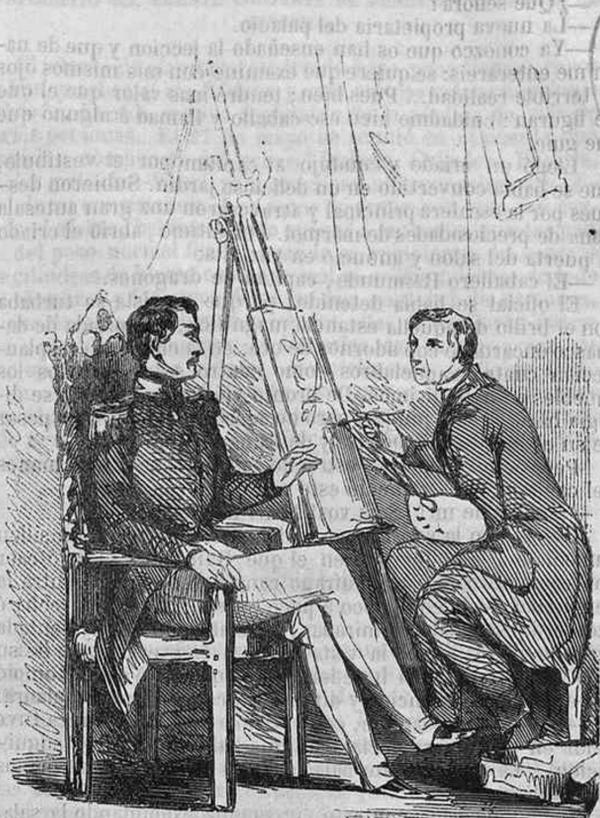
—Veo, señorita, dijo el general, que sois muger de increíble firmeza.

—Y para probarlo os digo, general, que aquí se trata de un matrimonio; que ese matrimonio me desagrade, y que si persistís en favorecerlo, seré para vos un enemigo implacable. Esta palabra significa un sistema completo de guerra: poseo secretos, y si los arrojo al público, puedo perder á muchas personas. Ya debéis comprenderme. Por último, del capitan Raimundo, que se ha enriquecido de la noche á la mañana, supuesto que ha comprado grandes haciendas con dinero contante, se sospecha que se ha vendido á la coalicion, y puedo tambien probarlo clara y terminantemente. Reflexionadlo bien, general: ó amigos ó enemigos. Y ahora, id á reunir os con vuestros bravos amigos Lannes y Murat, á quienes gusta tanto, al parecer, la música de Feydeau, como la armonía de los cañonazos en un campo de batalla. Adios... ¡Ah! Si quereis volver á verme, vivo en la calle de Son Honorato, en el antiguo palacio de Vitry, que he comprado con mis propios fondos, sin los auxilios de Pitt ni los de Cobourg.

CAPITULO XIV.

El nudo gordiano.

A las ocho de la noche del dia siguiente se detuvo un ginetete delante de la puerta del antiguo palacio de Vitry, y llamó sin apearse. Abrióse la puerta, y entró el caballero en el patio, como hombre que conocia las localidades. En efecto, era el capitan Raimundo de vuelta de Suiza, donde habia pasado quince dias en el cuartel general de Massena. Grande era su sorpresa al observar el brillo y esplendor que reinaba



El pintor Robineau en Rusia.

en la morada de sus padres, poco antes tan ruinosa. Se apeó, y dijo al criado que le habia abierto:

—¿Dónde está el conserge Bernardo?

—Sin duda os equivocais, señor oficial, le contestó aquel hombre, pues no conozco al sugeto por quien me preguntáis.

—¿Cómo! ¿Pues no estoy en el palacio de Vitry?

—Sí por cierto.

—¿Y el conserge?

—Un servidor vuestro: mi nombre es Bontemps.

Raimundo se aplicó la mano á los ojos para persuadirse de que no soñaba. Todo habia cambiado allí como por arte de hechicería. El conserge era jóven y llevaba un traje á la moda, que no era ciertamente una librea, pero que tenia el sello de la servidumbre.

El capitan dijo de pronto:

—Todo lo adivino; abridme la puerta... veo que el palacio de mis padres se ha vendido durante mi ausencia.

—¿Sois por ventura el capitan Raimundo?

—El mismo.

—En tal caso os esperan aquí y tengo orden de avisar á los criados para que os introduzcan al salon, donde hallareis á la señora.

—El vuestro. ¿Quereis el poder ó no?
—Venís á ofrecérmelo por ventura?
—Vengo á hablaros de un tropiezo que encontrareis en el camino.
—Y ese tropiezo procede...

—De mí.

Bonaparte iba á retirarse creyendo que estaba loco su interlocutor; pero este le detuvo diciendo:

—He ido esta tarde en casa de Barras y he hablado con el general Bernadotte.

Bonaparte se sentó de nuevo, y mirando fijamente al jóven, le dijo:

—No me gustan las delaciones, y no pago á ningun delator.

—¿Os he revelado alguna cosa, general? Sois demasiado vivo de genio.

—Hablad, pues.

—Solo vengo á deciros que, si quereis obrar libremente en vuestras ambiciosas miras, es preciso que os opongais á un matrimonio que favoreceis, pues de lo contrario...

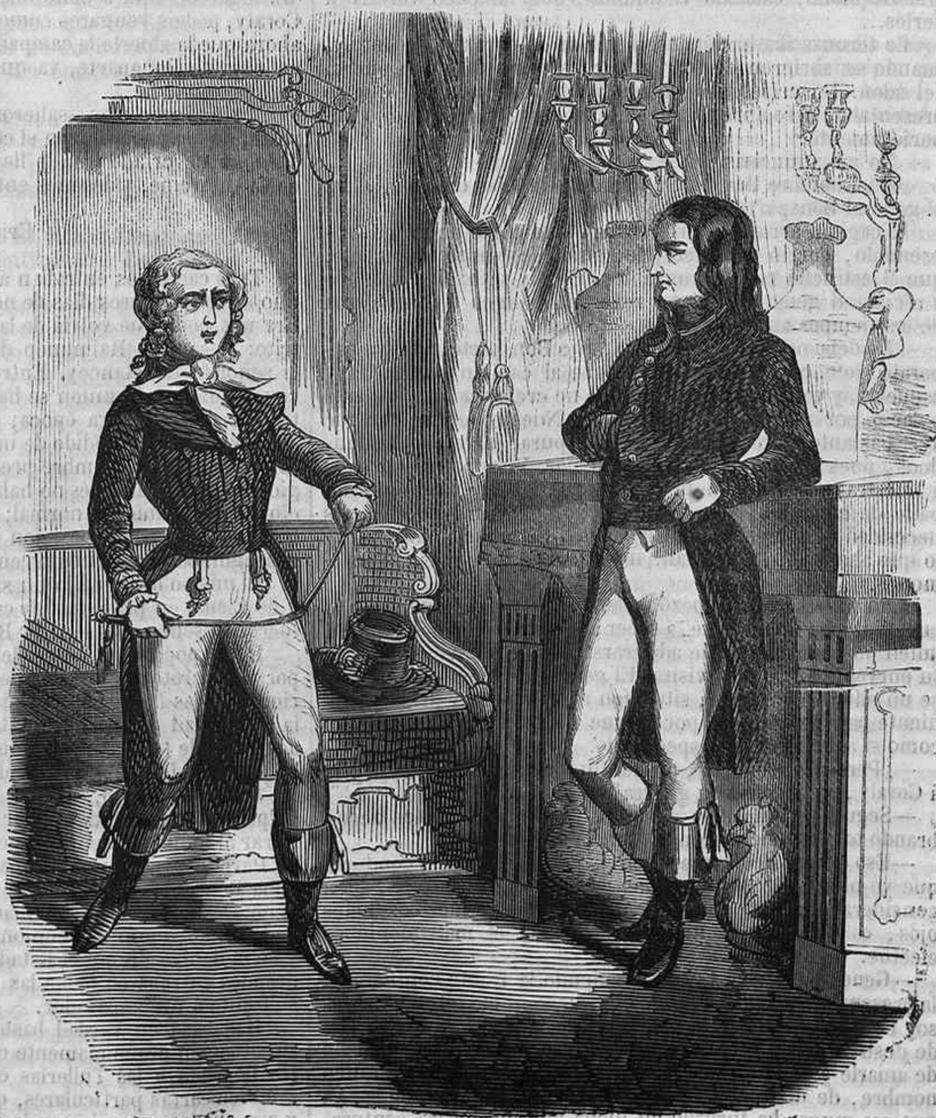
—¿Qué?

—Podeis perecer en la demanda del poder supremo.

—Comprendo que esteis enamorado de la jóven que hoy



Las cenas del Directorio.



Las cenas del Directorio.



—¿Qué señora?
 —La nueva propietaria del palacio.
 —Ya conozco que os han enseñado la lección y que de nada me enteraréis: se quiere que examine con mis mismos ojos la terrible realidad... Pues bien; tendré mas valor que el que se figuran: cuidadme bien ese caballo y llamad á alguno que me guíe.

Llegó un criado y condujo al capitán por el vestíbulo, que se había convertido en un delicioso jardín. Subieron después por la escalera principal y atravesaron una gran antecámara llena de preciosidades de mármol. Por último, abrió el criado la puerta del salón y anunció en voz alta:

—El caballero Raimundo, capitán de dragones.
 El oficial se había detenido, porque su vista se turbaba con el brillo de aquella estancia magnífica, entapizada de damasco encarnado con adornos de oro: en la chimenea resplandecían cuatro candelabros como cuatro soles, y todos los muebles eran riquísimos. De pronto vio Raimundo que se dirigía hacia él una muger, pero no acertó á conocerla, á pesar de su extraordinaria belleza y de llamarse Coraly.

Pero apenas habló y estrechó entre las suyas las manos del capitán, se estremeció este y exclamó con tristeza:

—¡Infeliz de mí! ¡Sois vos! No... no sueño.

Coraly con la sonrisa en los labios lo condujo á un sillón inmediato á la chimenea, en el que Raimundo se dejó caer sobrecojido, como un naufrago cansado de luchar contra la tempestad. Volviendo poco á poco en sí, dirigió á derecha é izquierda escrutadoras miradas, en tanto que Coraly sentada enfrente de él, bajaba la vista como si se avergonzase de su lujo en presencia del heredero del conde de Vitry. Rompió sin embargo el silencio, y dijo á este con la mayor dulzura:

—Os esperaba, capitán, con vivísima ansiedad. Nunca tuve valor en Tours para declararos que había hecho una adquisición... Ya veis que este palacio podía haber caído en manos mas indignas...

Raimundo nada contestó, proseguía examinando la sala, como si se agolpasen á su mente mil recuerdos. Su infancia y su juventud, coronadas de flores, se presentaban á su memoria para despedazarle el pecho... Coraly lo comprendió, bajó la vista, y lanzó tristes suspiros: el capitán no pudo menos de agradecerle este sentimiento, y la respondió con sosiego:

—Creed, señorita, que no causa mis pesares el menor motivo de interés. Os habeis hecho propietaria de la casa de mis padres... Dios lo ha querido así; pero existe para mí un recuerdo encantador y doloroso, al cual no puedo oponer una voluntad enérgica. Allí... hacia aquel lado... estaba el retrete de mi madre... hé ahí la puerta que daba paso á su oratorio. Ya veis, señorita, que al entrar aquí he encontrado la imagen de esa madre querida, que tanto me amaba...

—Capitán, repuso Coraly, tranquilízase, yo os lo ruego: el retrete de vuestra madre no es el mio: mis habitaciones particulares están al otro lado del palacio.

El oficial se sonrió con una expresión indecible de gratitud, y alargó la mano á Coraly.

Acababan sin embargo de dar las nueve y media, y era ya tiempo de que el capitán Raimundo se decidiese á tomar un partido. Tenía que buscar donde alojarse... ¿Era aceptable la hospitalidad que se le ofrecía? Preguntó por el antiguo conserje Bernardo, pero llamó Coraly y miró al capitán con tristeza: el viejo servidor de Vitry había muerto, y Raimundo dedicó una lágrima á su buena memoria. En cuanto á Margarita, muger de Bernardo, supo que se había empeñado en volver á Bretaña al lado de sus parientes, y que vivía con ellos.

—De modo, exclamó Raimundo, que tampoco volveré á verlos...

La ternura iba haciéndose lugar en el corazón de Coraly, cuando se abrieron de par en par las dos hojas de la puerta del salón. Un criado se disponía á anunciar la visita que se presentaba; pero apretándole el brazo un hombre, le dijo imperiosamente:

—No me anunciéis.

Aquel hombre llevaba frac verde y medias de seda... Era el general Bonaparte.

El capitán arrojó un grito, y saltando como un árabe sorprendido, corrió hacia su jefe, quien le alargó una mano, que él estrechó contra sus labios. Coraly se había levantado y recibía al general con una reverencia digna de una dama de los tiempos antiguos.

—No debo ocultaros, señorita, dijo Bonaparte, que ya esperaba yo encontrar aquí esta noche al capitán con botas y espuelas, y veo por su emoción que no creía ver ocupado este palacio por una nueva propietaria. Nuestro encuentro fué ayer bastante extraño, y he querido apurar la verdad visitándoos, pues así nos explicaremos mejor. Vuestro disfraz daba á nuestra conversación un colorido de *aparte*, ó de *cita* en baile de máscaras, y sois demasiado bella para que tengais necesidad de representar otro papel... Seguid siendo siempre lo que ahora sois... Capitán, no estais aquí de mas... Sentémonos.

La conversación empezó desde luego y *ecabrupto* por la cuestión mas importante, á saber, el matrimonio del capitán, quien no pudo menos de admirarse al ver que se trataba de su porvenir en aquella visita. El general le pidió que guardase un silencio absoluto, situación mas cómoda y mas conveniente para Raimundo, por lo que se arrellanó en su sillón como si asistiese á un espectáculo.

—¿Persistís, señorita, preguntó el general amistosamente á Coraly, en hacerme la guerra?

—Segun y conforme, general, respondió la jóven recordando toda su energía en presencia del peligro.

—Eso quiere decir que obrareis con arreglo á la conducta que yo observe respecto á dos personas... Pues bien; bien considerado todo, y aunque tengan que llorar vuestros lindos ojos, es preciso, es indispensable que el matrimonio se efectúe.

—General, replicó Coraly arguyendo la frente con fiereza, la presencia del capitán ni me enterece ni me intimida, pues soy bastante fuerte para confesar una pasión que nada tiene de deshonrosa. Amo al capitán... me ha concedido el derecho de amarle y el de decirlo... y tengo una rival de aristocrático nombre, de distinguida prosapia. Estoy pues decidida, ya que esa muger ha turbado mi dicha y deshecho mi ventura, á no sembrar rosas en el sendero que piensa recorrer.

—Eso es vengarse, observó el general.

—¿Y qué otra cosa es la guerra?

—Pero hay una guerra leal...

—La mía nada tiene de traidora, pues os he prevenido y también al capitán.

—Y yo debo declararos, señorita, que nada temo en cuanto á mí ni en cuanto á mis oficiales.

—¿Vuestros oficiales, general? Por Dios que usais demasiado pronto palabras de dictador. ¿Ignorais que si hubiese alguno escondido ahí, detrás de esos damascos, podríais ser arrestado, tan solo por haber proferido esa frase, *mis oficiales*? Muy lejos vais, ciudadano. ¿Y la República? ¿Con que habeis vuelto á la vida privada, y sin embargo decís... *mis oficiales*? Eso es exorbitante.

El general conoció que en efecto se colocaba en una posición bastante falsa: se irritó en extremo y dirigió á la jóven una de aquellas miradas significativas que querían decir: «Si caes algun día entre mis manos...»

—De seguro, añadió Coraly, que cuando seais dictador me causarán miedo vuestras terribles miradas; pero entre tanto hé aquí mi *ultimatum*. Aborrezco á la señorita de Rancey y amo al capitán Raimundo: si llega á celebrarse su union, perderé al capitán Raimundo en el concepto público, aun cuando lo rehabilite mas tarde: además daré la voz de alarma al Directorio y á todos los adversarios de Bonaparte, que son atrevidos y numerosos, y divulgaré todos sus proyectos, todas sus maquinaciones contra la existencia del poder ejecutivo y contra la de la República. Podeis dudar ahora de mis medios y de mis fuerzas; pero no dudareis después que se verifiquen los acontecimientos. Comenzad pues la guerra, general.

Raimundo exclamó de pronto:

—¿Y qué! ¿Me perdereis en la opinión pública? ¿Mas cómo? ¿Qué se me puede echar en cara bajo el punto de vista del honor?

—Capitán, le contestó la implacable Coraly, con mil escudos de paga no se compran al contado tierras por valor de cuatrocientos mil francos.

—¡Ira de Dios! gritó el capitán, ¡Y Bernardo el conserje ha muerto!

—Y su muger se ha vuelto loca en Bretaña, añadió la cruel jóven.

—¡Loca! repitió Raimundo. ¡Y al fin!... ¿No poseo una carta de mi padre, una especie de testamento, en el cual me revela la existencia de una suma de consideración oculta por sus manos y por los cuidados de Bernardo en la cueva de este mismo palacio? ¿No he encontrado esa suma hace dos meses? ¿No he podido disponer de ella á mi gusto, supuesto que me pertenecía legítimamente? ¿A quien debo dar cuenta?

—A la opinión, señor capitán, repuso Coraly.

—¿A la opinión! Pues ¿y el escrito, el testamento de mi padre?

—¡Bah! ¿Creeis que se maneja al público de París como á un niño? ¿Se os figura que ha de acudir á que le enseñeis el certificado de *papá* y de *mamá* para convencerse de vuestra honradez?

—¡Calumniadora! Muger perversa! ¿Qué mal te he conocido! murmuró Raimundo dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Muger perversa!... repitió Coraly: en efecto, señor conde de Vitry... hace dos meses que os hubieran fusilado á no haberme interpuesto...

—Basta, dijo el general incomodado: es preciso romper lo que no se puede desatar. El capitán Raimundo se casará con la señorita de Rancey; yo seré padrino de la boda, y esta tendrá lugar de aquí á ocho días. Señorita, añadió saludando á Coraly, podeis vengaros como mejor os parezca, pues desde ahora queda abierta la campaña. Vendí, capitán; os alojareis en casa de Bonaparte, ya que os han robado la de vuestro padre.

Y sin añadir mas, salieron ambos del salón y bajaron al patio, donde encontraron el coche del general: el capitán encargó á un criado que le llevase su caballo *sultan* á la calle de Chantereme, y después entró en el coche con su general.

EPÍLOGO.

Tres carruajes entraban á cosa de las dos de la tarde de uno de los primeros días de noviembre en el *hotel* Bonaparte. Era una boda que volvia de la municipalidad del segundo distrito: el capitán Raimundo de Vitry acababa de casarse con la señorita de Rancey. Entre las personas que componian aquella dichosa reunion se hallaba un anciano, cuyo extraño traje recordaba otra época; era el ex-marqués de Rancey, cuya locura había cedido de una manera notable al ascendiente de Bonaparte, hombre predestinado para ejecutar prodigios. El viejo marqués no había llegado todavía á una situación completamente normal; pero su razon comprendia ya las exigencias de la posición de su única hija, y la dicha que le aseguraba el matrimonio en cuestion.

El mismo día bendijo un sacerdote la union de Raimundo y de Elena, en presencia de cuatro testigos, dos de los cuales fueron Josefina y el general Bonaparte.

Este, pocos días antes del 18 brumario, había obtenido, por un decreto del Consejo de los Ancianos, el mando superior de todas las fuerzas existentes en París. Debía velar por la seguridad de la representación nacional, cuyas sesiones acababan de trasladarse á Saint-Cloud. La responsabilidad del general era inmensa y terrible.

El 17 brumario, víspera del día en que el mas atrevido golpe de Estado iba á cambiar la suerte de la Francia para admirar al mundo, mientras que se tocaba generala en las calles de París para reunir las tropas y la guardia nacional, se hallaba Bonaparte en el palacio de las Tullerías, rodeado de los generales de su mayor confianza. Dicho palacio estaba designado como punto de reunion antes de pasar á Saint-Cloud, y de él debía salir aquel Estado mayor de generales que poco después entraba en todas las capitales de Europa llevando á su frente á un emperador.

Hallábase en verdad bastante agitado Bonaparte, porque su situación era sumamente comprometida. Muchos ayudantes llegaban á las Tullerías con pliegos; y entre estos había tambien cartas particulares, que el general abría con enfado y que apenas recorria con la vista. Una de aquellas cartas fijó sin embargo su atención, porque se había escrito en el cam-

pamento que ocupaba en Alemania una de las divisiones de Massena. Su contenido era corto, y decia así:

«General:

»Todavía no sois Alejandro, pero habeis cortado el nudo gordiano de mi destino. Quería perderos, y tal vez podia haberlo conseguido; pero he preferido morir, y morir con gloria. Habiendo llegado hace ocho días al ejército de Massena, me alisté, disfrazada, en un regimiento de guías. Ayer tuvimos una reñida acción con una division rusa al mando de Souwaroff y destruzamos al enemigo, pero en una carga de caballería caí herida mortalmente. Os escribo desde el hospital de sangre, y dentro de dos horas ya no existiré. Siempre he sido buena republicana, y muero sin sentimiento, porque no veré caer á mi patria á merced de un despota, á quien admiro, y cuya enemiga he de ser hasta mi último aliento.»

«Adios, general, esclavizareis á la Francia, pero ha sabido huir de vuestras garras la pobre

«CORALY.»

Bonaparte estrujó el papel con un arrebato de cólera y lo guardó en el bolsillo. Recobrando en seguida la calma que tanto necesitaba en aquellos críticos momentos, dió las ordenes relativas á las disposiciones que se proponia tomar para decidir la gran cuestión política entre su persona y el Directorio.

Al día siguiente quedó espulsada del palacio de Saint-Cloud la representación nacional: el Directorio presentó en masa su dimision, y se proclamó el Consulado.

EL BOSFORO Y SUS ALREDEDORES.

El Bósforo ofrece ya un alto interés por los encantos que le ha prodigado la naturaleza; pero ¡cuánto mas debe aumentarse este interés, si, como en este momento, se une á ello la idea de que probablemente se emprenderán dentro de poco sangrientas luchas por su posesion, atrayendo después unos resultados que puedan conmover el mundo! Pero observemos ahora, no bajo la impresion de este sentimiento, sino con todo el deleite que proporciona la hermosa naturaleza, las riberas inmediatas y lozanamente cultivadas; gocemos de las sorpresas crecientes que nos ofrecen ora los escarpados peñascos, ora las viñas, ora los jardines contruidos á manera de terraplenes, y los palacios de los grandes ó las quintas de los particulares, que todos se hallan planteados de un modo tan maravilloso y encantador.

Principiemos nuestra escursion en las límpidas olas del Bósforo, tan claras que en muchas partes se puede ver hasta el fondo, desde el desembarcadero de Dolmabagdice á lo último del arrabal de Fundüklü. Lo primero que allí se observa es una grandiosa fábrica de fusiles y el mausoleo de Chaireddin, el célebre almirante. Desde aquí se llega primeramente á Beschiktasch, que tiene una bellissima situación en la costa europea, con una montaña en el fondo, cubierta esta en parte por los jardines imperiales que pertenecen al palacio de verano del sultan en Tschiragan. El palacio mismo se extiende á bastante distancia á lo largo del agua y forma una manzana de casas circunvalada de una muralla. El verdadero palacio consta de tres edificios contruidos al estilo italiano, y comunicados entre sí por puertas de hierro abundantemente dorado; el edificio del medio es el haren, que lleva sobre las ventanas un escudo redondo con la firma de oro del sultan en campo verde. Al lado del jardín imperial se eleva un segundo con tres terraplenes amurallados y cubiertos espesamente de cipreses y plátanos. Después de algunos edificios pertenecientes á este palacio sigue la batería de mar, que se compone de baluartes de mampostería con cañoneras y una elegante torre de bandera. En el convento llamado Jahja-Effendis en Beschiktasch se hacen cada miércoles por los dervises ejercicios religiosos. Una vista menos agradable ofrece el pueblo Ortaköe, que en su mayor parte está habitado por judíos. Mas alegre es el pueblo de Kuru-Tschesme que sigue ahora, con sus receptáculos de piedra contruidas en el agua y que contienen flores y árboles, después de lo cual arribamos á Arnaut-Köi, sumamente animado, que tiene mercados particulares y un puerto muy frecuentado. Una grande animacion ofrece este pueblo, que está habitado de griegos y arnautes, el día de la fiesta de Elias, donde lo visitan personas de todas clases y religiones, y donde mas de un honrado mahometano coje una chispa producida por el vino prohibido. En frente de este pueblo está situado á la orilla asiática el encantador Kartli y la nueva cuarentena.

Immediato á Arnaut-Köi está el pueblo Bebek situado en una grande ensenada cerrada en su fondo por un kiosco imperial. Magníficas casas de campo se hallan dispersas en las montañas escarpadas que principian á elevarse aquí. Al pasar un cementerio turco llegamos al castillo Rumeli-Hissari con sus muros blancos, que está situado en la parte mas estrecha del canal y guarnecido de varios torreones redondos y unidos entre sí por murallas contruidas antiteatralmente. Detrás de este castillo, donde principia la corriente del demonio, llegamos al pueblo Baltá-Liman, muy visitado á causa de las magníficas vistas que proporcionan sus alturas; cerca de Emirgune hay una aduana donde se reconocen todas las embarcaciones que van al mar Negro. En estas inmediaciones se halla el suntuoso palacio del célebre Khosrew-Baja, que pasó aquí su vida retirada. Hasta Therapia se encuentran varias baterías después de haber pasado Stenissa con su puerto que es el mayor del Bósforo y el pueblo de cerceza de Janiköi. Therapia tiene un café y una fábrica de oserveza, ambos alemanes. Así que abandonamos á Therapia, vinimos al ameno Bujukdere, quiere decir la gran aldea, observamos á Rumeli-Kavak con sus cuarteles y su torre de bandera, mas allá la población fortificada de Teji-Tabia, detrás de la cual hay un molino y varios almacenes de pólvora. Después de haber dejado detras á Bujuk-Liman se ve por fin la última punta Fanarli con su faro, y si nos volvemos hacia la costa de Asia y hacia Constantinopla, hallaremos primeramente el fuerte de Riva en el mar Negro. Aquí forma el mar una ensenada que contiene dos grutas. Pasando por la batería de Maglar-Tabiassi y un terremoto inculca que la signe llegamos á Hunkiar-Skelessi con uno de los valles mas hermosos del Bósforo; la entrada á este valle se halla defendida por una batería. A la margen del pe-

queño río que serpentea este valle, está situado el hermoso pueblo de Tokat con grupos de los árboles mas lozanos. Desde aquí se llega á Beikos con una fuente de salto que desborda en columnas de mármol; mas allá viene Sultania con sus célebres higos, y Yndschir-Kói, conocido por un memorabile grupo de árboles consistiendo en dos higueras y dos cipreses que han crecido entrelazados el uno entre el otro. Al seguir nuestro curso y pasando por los pueblos de Tschübükli y Kandische llegamos á Anadolí-Hissari, desde donde se disparte de una vista que quizás no tiene igual. Desde el castillo de Anadolí-Hissari ó Güsel-Hissari, llamado el hermoso casti- llo, principia el magnífico valle de las aguas celestes con un Kiosco del sultan. De Anadolí-Hissari se llega á Kandili con la nueva carentena, despues á Kullebagdsche y Tschengelli- kán, este último el sitio favorito de Mahmud IV, y en seguida al Beglerbeg, en cuyas márgenes se halla el palacio Humajuna- lid construido por Mahmud II. Con los pueblos de Ystawros y Kusungtschi concluimos nuestra expedición.

Hasta ahora se hallaban en muy mal estado los castillos y las baterías contruidos para la defensa del Bósforo. Verdad es que los castillos de Rumeli y Anadolí-Hissari se hallan levan- tados en la parte mas estrecha del mismo, de suerte que con dificultad pasaria un buque sin ser echado á pique; sin embar- go, no son mas que murallas y torres construidas á manera de anfiteatro, y desde los buques se ve los espacios detrás de las murallas, además en vista de su posición pendiente solo pueden guarnecerse de infantería y únicamente á los pies de las montañas con piezas de artillería, las cuales destruirian el fuerte situado al frente, porque ambos castillos se hallan demasiado próximos el uno del otro. Se han hecho muchas proposiciones para remediar este inconveniente, pero en va- rios. Ahora, cuando la Puerta Otomana parece en el eminente peligro de una guerra, se quiere á toda priesa evitar el daño. Esperemos que un giro feliz de las negociaciones prevenga la lucha.

INVENCIONES, ANTIGUEDADES, ETC.

—El cristal tirado por cilindros es una invencion sobre la cual debemos llamar la atención de los arquitectos. Se cons- truye en Inglaterra á precios muy baratos y en tamaño gran- de. Es compacto, grueso, medio trasparente, y es sobre todo á propósito para aquellas ventanas que han de dar luz sin que pueda verse por ellas.

—El telégrafo atmosférico es una invencion del americano Richardson, que consistiendo en una cañería despacha cartas y pequeños paquetes con una velocidad de 1000 millas ingle- sas por hora por medio de un piston ó embolo.

—En Londres se prepara actualmente la luz eléctrica de tal manera que se fabrican colores y se obtiene al mismo tiempo la luz. Para la explotación de esta invencion se ha formado una compañía de acciones con el capital de 250,000 libras es- terlinas.

—La semilla de la *Simaba Cedron*, tan extraordinariamente apreciada en la América del Sud como remedio contra la mor- dadura de serpientes venenosas, se ha aplicado con un brillante éxito igualmente como remedio contra la fiebre, de suerte que en el mismo Perú, donde crece la quina, se la prefiere á esta. Hace unos cinco años fué comisionado el profesor Céspi- des, de la universidad de Bogotá, para averiguar la planta ma- triz, desde cuyo tiempo han sido provistas de esta planta todas las boticas de América. Despues de Céspides encontró Purdie, de Trinidad, en el camino de Antioquia al rio de Magdalena un árbol con frutas maduras. La semilla se monda de una fruta de hueso parecida á un melocoton, y de un amargo muy subido, se quita entonces la corteza fibrosa del hueso, se parte este en sus dos mitades (cotiledones), y se las seca al sol. Aunque los aldeanos habian hecho ya su recolección, halló sin embargo Purdie aun treinta frutas en los árboles, conservó al- gunas en espíritu de vino, y las demás en un cajon con tierra, pues si se descuida esta precaución se echan á perder con mucha facilidad las semillas mayores. Las que se han enviado á Londres para el jardín botánico real de Kew salen perfectamente, y de este modo tenemos la esperanza de ver con mas frecuen- cia, además de la semilla bastante parecida en tamaño y for- ma de embrión de una ciruela, y además de la tintura amarilla (que se parece á la *Tinet. nucis vomicae*, y es tan intensamen- te amarga como esta), muy pronto la misma planta que ahora es aun muy rara y cuesta aun 8 talers (unos 116 rs. vn.) Igualmente es de esperar que los precios aun enormes de la quina y de sus alcaloides bajen algo tan luego como se despa- che un remedio preferido á estos en la América misma.

—El ingeniero ruso Wasili Larski, que falleció hace poco y ha- bía adquirido fama tambien como arqueólogo y poeta, ha hecho en Rusia un importante descubrimiento. Halló en me- dio de un bosque casi impenetrable y á la profundidad de 10 toesas debajo de la superficie de la tierra, una via de piedra construída al estilo antiguo romano ó mejicano y al mismo tiempo los restos de un puente amurallado de una construc- ción peculiar. Según opina, lleva esta obra la fecha de lo me- nos 2,300 años.

—El banquero Alescanro en Hanover ha regalado al museo monetario de las Sociedades históricas de la Sajonia baja una medalla de plata muy rara.

Representa en un lado el retrato de un hombre bien con- figurado con facciones vigorosas y en un manto real con la inscripción: *Iohan van Leiden, Ein Konink der Widerdo- per so Monster* (Juan de Leiden. Un rey de los anabaptistas en Münster). El revés contiene las armas adoptadas por el rey de los anabaptistas, á saber, la esfera terrestre con la cruz encima y cruzada por dos espadas lucientes, sobrepuesta una corona y la inscripción: *Gott's Macht ist myn Cracht* (el poder de Dios es mi fuerza) M. D. XXXV. I.

—Se encontró no hace mucho tiempo un pavimento mosáico romano en Stennig cerca de Perb á dos millas de Trev- ros, que no solo por su perfecta conservación, sino tambien poco comun (30 pies de largo y 30 de ancho), sino tambien por el arte con que está ejecutado podria bien pertenecer á los ejemplos mas sobresalientes que se han encontrado en esta clase de antigüedades romanas por este lado de los Alpes. Por el mismo tiempo se hallaron en la frontera de Luxemburgo con motivo de cultivar un bosque varios vasos de cristal bien con-

servados de unas formas sumamente hermosas, como tam- bien armas de bronce, hachas é instrumentos mas pequeños.

En las excavaciones de Ninive se han sacado á luz entre otros objetos memorables tambien un obelisco de una rara belleza.

—Entre las obras plásticas del arte de la esposicion de París se distinguen la estatua ecuestre del principe Carlos de Lore- na, de doce pies de altura, que está destinada para ser colo- cada en la punta del frontis de palacio de Brasseur, y la Au- rora, que lleva la fructuosidad, composiciones del escultor Jacquet de Bruselas.

—Se han puesto á la vista del público en Darmstaelt dos estatuas colosales (Felipe el Generoso y Jorge I), del escultor S. holl, un ingenioso artista, que debe el reconocimiento de su mérito artístico en gran manera al caballero Pedro de Cor- nelius. El director del museo de Berlín, el señor de Olfers, que á su paso por Darmstaelt vió aquellas estatuas en el taller del artista, cuenta estas obras de plástica entre las mejores que se han producido en tiempos recientes. Los cimientos de estas estatuas se estan haciendo en la plaza de Darmstaelt, situada entre el teatro de la corte y el arsenal, siendo el 25 de agosto el dia destinado para la inauguración de las mismas.

—El cuadro mas grandioso de la esposicion de París es una pintura religiosa de dimensiones descomunales de Jacques Pillard, discípulo de Victor Orsel. Su argumento es el martirio y la apoteosis de S. Andrés, y una composición que con- tiene noventa figuras y en que ha trabajado el artista cinco años. Mucho estan llamando la atención tambien tres *cartons* de Cheravard. Estan destinados para adornar el Panteon, que, segun es sabido, se ha vuelto á trasformar en la iglesia de Santa Geneveva. El primero representa á Augusto cerrando el templo de Jano, el segundo á Atila retenido en su marcha de destruccion por el papa Leon el Grande, y el tercero á Lutero proclamando en Wittemberg la separacion de la iglesia.

—Listz irá á fines de junio por corto tiempo á París, pen- sando hacer á su regreso una visita de varias semanas á Ri- cardo Wagner, en Zürich (Wagner, uno de los mas célebres compositores alemanes de la actualidad), y despues regresará á Weimar, su punto de residencia.

Rossini ha recibido del emperador Napoleon la cruz de caballero de la Legion de Honor; pero ha rehusado política- mente la invitacion de escribir para París una nueva ópera.

—Entre los colonos mas célebres de la Argelia pertenece sin disputa alguna Horacio Vernet. Se le espera en París á su regreso de aquel país. No puede decirse materialmente que habia sido proscrito, pero sí que habia caído en desgracia. Es el caso que despues del golpe de estado de 2 de diciembre se habia negado del modo mas terminante á borrar dos figu- ras históricas de uno de sus cuadros (del año de 1849), que representaba al presidente de la república francesa montado y rodeado de los generales del ejército de París. Estas dos personas eran nada menos que el general Changarnier, en- tonces general en jefe del ejército de París, y el entonces ministro de la guerra, General Rulhières. Bajo estas circuns- tancias se dió á entender al obstinado artista que se le retiraria la concesion de un terreno en Africa que le regaló la fa- milia Orleans, si le dejaba por mas tiempo sin cultivar. Vernet no se dejó decir esto dos veces y marchó á Africa, donde se ha dado á conocer desde entonces como un excelente labrador. En la actualidad es lícito á sus numerosos amigos estrecharle en sus brazos, pues está tan independiente como ante- riormente.

—El teatro de Adelphi, en Dublin (capital de Irlanda), el mayor de la ciudad, ha sido devorado por las llamas el 24 de mayo. El incendio fué tan horroroso que las llamas, atrave- sando una calle de sesenta pies de anchura, atacaron á la capilla católica de María, que sin embargo fué salvada fe- lizmente.

—En Nueva-York se va á levantar un suntuoso teatro para óperas. 188,000 dollars han sido ya suscritos para su coste, y solo faltan aun 12,000 dollars para la realizacion de este grandioso plan. Dicese que se inaugurará en diciembre pró- ximo con la *Grisi* y Mario.

—En el teatro lírico de París ha hecho fiasco una ópera del celebrado tenor Mr. Duprez, intitulada: *La carta al buen Dios*.

—La *sociedad de voces de hombres de Colonia* ha dado el 8 de junio su primer concierto en *Hannover Square Rooms* (salones de la plaza de Hannover), en Londres. Fué recibido con un verdadero entusiasmo, y las señoras, que son las que componen la gran mayoría en los conciertos matutinos de esta ciudad, se olvidaron de su timidez y aplaudieron tan en- tusiasmadas y se alegraron tan ingenuamente de este nuevo goce, que no se ha inscrito aun cosa igual en los anales de la estación musical de Londres. Varias piezas tuvieron que repetirse á los estrepitosos ruegos de la reunion. Igualmente la crítica participa del entusiasmo del mundo femenino.

—El vapor mas grande de pasajeros en Inglaterra, el *Hima- laya*, fué botado al agua el 24 de mayo. Tiene una longitud de 240 pies, una anchura de 46, puede contener 3,550 tone- ladas, su máquina es de fuerza de 700 caballos, y está arregla- do para 400 pasajeros de cámara, y tiene además espacios para 10,000 quintales de carga y 24,000 idem de carbon.

—La expedición anglo-americana para el reconocimiento de la parte septentrional del Océano Pacifico se ha dado á la ve- la desde Nueva-York. Se halla á las órdenes del comodoro Ringgold, y consta de un sloop de guerra, un vapor, un bergan- tín, una goleta y un buque de escollo. El tiempo de su permanencia en las aguas del Océano Pacifico ha sido fijado en tres años.

—El buque de vapor mas pequeño que jamás ha surcado las aguas del Océano Atlántico, el *Fósforo*, construido en Bir- kenhead (América del Norte) y destinado para la navegacion del rio Maulé, en América del Sur, ha llegado felizmente á Valparaíso por su propia fuerza. Tiene solo 43 toneladas y la fuerza de 40 caballos, y está tripulado de 13 personas.

—El juego público del monte en Pyrmont (Alemania) ha sido permitido por el gobierno de Waldeck. El marqués Du- fressange ha tomado en arriendo la banca de este pueblo por la cantidad de 2,000 luises de oro (unos 140,000 reales ve- llon) que ha pagado al fisco. Como en la mayor parte de los baños, no pueden tampoco aquí los indígenas tomar parte ni en el juego ni en la banca.

ROMPIMIENTO DEL PUENTE COLGANTE DE PENY EN EL CANTON DE GINEBRA.

El puente de alambre construido hace poco tiempo cerca de Peny sobre el rio Ródano y que aun no estaba concluido del todo, ha sido motivo deplorable de la pérdida de vida de varias personas. El 27 de mayo se reunió en el puente una comision compuesta del general Dufour, Colladon, Hugues, Darier y Rochat-Mauri para practicar el reconocimiento oficial de su consistencia. Los sacos de arena con que fué cargado al efecto, habian llegado apenas á las cuatro quintas partes del peso normal fijado, cuando se rompieron de repente los cilindros de hierro colado de ambas orillas y debajo de todo los alambres y fué arrojada al rio una cantidad de personas. Nueve de estas se ahogaron, entre ellas los señores Turre- tini, alcalde de Santigny, y Deneriaz de Caronge, además tres operarios y dos niños. Los inteligentes se fiaban tanto de la construcción del puente, que cuatro de ellos lo pasa- ron algunos minutos antes de su hundimiento, habiendo sido herido en este acto el señor Imperatori por haber per- manecido demasiado tiempo en el punto.

UNA VISITA Á LA TUMBA DE WASHINGTON.

Era una hermosísima mañana, cuando me trasladé á bordo de un pequeño vapor en el Potomac para hacer una escursión á Mount Vernon, cuyo pueblo, la Mecca de todos los patriotas americanos, se halla distante unas 13 millas inglesas de la capital de la Union. Hacia calor, el tiempo era claro, y nuestra compañía alegre y de buen humor. Cuando ocupábamos nues- tros asientos en la cámara, parecia que seríamos los únicos pasajeros; pero pronto venian otras personas, caballeros y señoras, y cuando la campana dió la señal de marcha se ha- llaban los espacios del buque tan llenos como podia deseárselo el capitán y al mismo tiempo propietario del buque. La mayor parte de los viajeros eran de Washington y americanos todos menos yo, pero todos teníamos el mismo objeto y la misma direccion, es decir, el de hacer una visita á la tumba del *Pater patriae* de los Estados-Unidos.

El hermoso tiempo parecia ejercer la misma influencia favorable sobre toda la compañía como sobre el círculo á que yo pertenecía. Todo el mundo hablaba, y así es que la con- versacion no podia menos de versar sobre otros objetos que sobre la *intervention for no intervention*, sobre las disputas de los *methodists south* y *methodists north*, y en particu- lar sobre el *almighty dollar* (el todopoderoso dinero); este punto céntrico de todo el sistema nervioso del yankeísmo, la estrella que enseña aquí á todos y todos los afanes el cami- no de la salvacion. De cuando en cuando se habló tambien un poco del *illustrious father of his country* (el célebre padre de su país), y en este concepto se distinguió particularmente un señor anciano, cuya doble barba salió por encima de la cor- bata blanca como la nieve, y cuya parte posterior de la cabe- za (¿quién hubiera creído encontrar esta reliquia muy dispu- tada en el país del *go-ahead*, (progreso?) adornaba una coleta bonita y bien cuidada. Habia conocido al gran hombre durante los diez últimos años de su vida, que pasó aquí en el retiro; hasta dió á entender bastante claro que era en cierto modo pariente suyo, y cuando vió que se le escuchaba, nos predicó una especie de sermón fúnebre sobre Washington, que no dejó de ser interesante, y al cual deseo el mejor éxito con respecto á la moral.

Afanate de conservar ardiendo en tu pecho aquella chispa del fuego celeste, la conciencia; este era un principio que Washington se formó ó imbuyó ya siendo aun muchacho, y su panegirista no supo alabar lo bastante con qué severidad el difunto se habia adherido á este principio, cuán continua- mente habia tenido presentes sus deberes, y cuán entera y completamente habia subordinado su individualidad al interés general, de cuyo cuidado y prosperidad habia sido encargado. «Si, la conservó siempre ardiendo, á aquella chispa, la hizo lucir delante de los hombres; la atizó hasta que se hiciese una llama, en cuyo brillo nos parece su imagen como uno de aquellos antiguos cuadros que se hallan rodeados de un fondo de oro.» Decía este anciano señor, á quien no habia yo creído capaz de tanta inspiración y entusiasmo. «Y cuan desintere- sadamente» así continuó diciendo, «sirvió á su patria, cuando se hallaba apurada.» ¿Saben VV., señores, que rehusó todo sueldo por los ocho años, durante los cuales siendo general en jefe conducía nuestros soldados de la revolucion á la victo- ria? Ni un maravédi tomó en premio de sus servicios. No exigía otra cosa que la indemnización de los gastos que habia hecho y sobre los cuales llevaba una exacta cuenta hasta un ochavo, y cuya relacion, escrita de su propio puño, entregó al congreso así que acabó la guerra; y á estas palabras sacó del bolsillo la publicacion de este documento por Kenight, un bonito tomo con canto dorado.

Yo me hice enseñar este libro, y en efecto se enternece uno cuando al hojearlo se leen las observaciones puestas al margen y referentes á los gastos producidos por la visita anual que la esposa del héroe le hacia en el campamento, y se encuentra la breve alusion á la abnegacion propia, que la crítica situacion de la patria le imponia.

«Todas las mercancías importadas» así concluyó el ora- dor, «fuéron escrupulosamente reconocidas en los puertos de las Indias Occidentales. Nada se escapaba á la vista de los aduaneros. Únicamente los toneles de harina, marcados con *Jorge Washington*, *Mount Vernon* quedaban intactos; pues aquí servia el solo nombre de garantía suficiente para la cantidad y calidad de cada artículo, que le llevaba puesto, y así respetaban aun los mismos enemigos nuestros la honradez y respetabilidad de nuestro excelente Washington.»

Nuestro viaje en el rio era el mas hermoso; la escena muy agradable, á lo menos en algunos parajes del camino. Despues de una media hora larga nos hallamos frente á Ale- jandria, que hace cincuenta años era el emporio del comercio de Virginia y Maryland, pero que ahora es una ilustracion de los tiempos pasados, como hay pocas ciudades de este con- tinente.

(Se continuará.)

HINDELOPEN.

Si no habeis leído ni oído pronunciar el nombre que sirve de título á este artículo, ó si conociéndole, ignorais solamente qué país ó qué ciudad del globo se designa, no lo busqueis en un diccionario de geografía. Ninguno que sepamos le ha concedido una simple mención. Tomad un mapa de Holanda. En la parte occidental del continente, casi enfrente del Mars-

diep, canal que forma la entrada del Zuiderzée, entre la estremidad de la Norte-Holanda, donde se eleva la ciudad de Helder y la isla de Texel, encontrareis un pequeño terreno casi imperceptible; es Hindelopen, una ciudad de la Frisa, de todas las provincias de Holanda acaso la mas curiosa, y sin contradicción la menos visitada y la menos conocida. Los viajeros no van jamás á ella, pues todos siguen el mismo itinerario: Rotterdam, la Haya, Leida, Haarleu, Amsterdam, Utrech, Arnheim. Algunos de los mas curiosos se determinan á llegar solo á la punta septentrional de la Norte-Holanda; de la Frisa, del Oberysseel no hay que hablar una palabra. Yo tambien, lo confieso, y me arrepiento de ello, cuando he visitado la Holanda, he cometido la falta imperdonable de no tomar otros caminos que los ya trillados por la multitud. Lo que voy á referir no lo he visto; es el resumen de las notas que uno de nuestros suscritores ha querido unir á los notables dibujos á la pluma, que otro artista ha reproducido en la madera con una muy rara exactitud. En esta ocasion solo sirvo de escribiente al suscriptor de que ya hemos hecho mérito.

La Frisa en sí misma no ofrece ningun carácter particular, pues reúne el de todas las demás provincias de la Holanda; es una inmensa llanura cubierta de verdura y de ciudades, aldeas, quintas ó casas de recreo, surcada de canales, y

llena de ganadería que guardan los campesinos; pero difiere esencialmente en cuanto á la lengua, la constitucion, las tradiciones, el traje, y especialmente en las costumbres de sus habitantes.

«Este pueblo, dice M. de Marmier en su Carta sobre la Holanda, refiere que procede de la India. Sabe que sus antepasados han ocupado en otro tiempo vastos dominios; y aunque privado de su poder, ha conservado, no obstante, su espíritu de independencia y su orgullo. Los hombres son gene-

mas pobres tienen precision de llevar este adorno. Se me ha referido que generalmente las sirvientas hacian durante muchos años economías á costa de su trabajo para comprar una hermosa cinta de plata, y después una de oro. Al ver esta y de formas tan robustas, á estas mugeres con un andar tan grave y gracioso á la vez y su diadema en la frente, se comprende que existe en esta gente un sentimiento de orgullo nacional, y se lee con mas interés la leyenda que refiere su origen.

Cerca de trescientos años antes de Jesucristo, habia, dice la leyenda, en la India, en las riberas del Ganges, una monarquía floreciente, cuya riqueza y prosperidad eran célebres, y se llamaba el reino de la Frisa. Era gobernado por Adel, descendiente de Sem, hijo de Noé. Un hombre, llamado Agrammos, de una estraccion oscura, pero ambicioso y atrevido, escitó entre el pueblo una revolucion contra su soberano legitimo, le mató y se apoderó de su trono. Adel tenia tres hijos: Frizo, Saxo y Bruno, que fueron desterrados del reino, y permanecieron en Grecia. Unos dicen que siendo discípulos de Platon, estudiaron la filosofía para consolarse de sus desgracias, y otros aseguran, que habiendo sido soldados, acompañaron á Alejandro en sus expediciones. De cualquier modo que sea, á la muerte del hijo de Filipo hicieron las paces con el usurpador del trono de su

padre, y volvieron á entrar en su patria; pero no permanecieron en ella mucho tiempo, pues durante su ausencia habian perdido el favor del pueblo. En su consecuencia resolvieron emigrar de nuevo. Habiendo partido con una flota de veinticuatro bajeles, se dirigieron hácia un país del Norte llamado la Germania, del cual habian oído hablar mucho. El viaje duró siete años, y por último, el año 312 antes de Jesucristo desembarcaron en la comarca del Zuyderzee, en el continente europeo. Esta region estaba casi inundada y ocu-



Recuerdos de Frisa.—Corridas de patines por las mugeres.

ralmente altos y fornidos; las mugeres tienen una estatura mediana, los cabellos rubios y abundantes, y los ojos de un azul límpido. En toda la Holanda tienen reputacion de hermosas; llevan una mantilla corta que dibuja elegantemente su talle; una especie de gorra cubre su cabeza y la parte posterior del cuello, y dos anchas hojas de oro tapan sus sienes; las mas ricas añaden una diadema de perlas ó diamantes. Hay tambien simples aldeanas que llevan el domingo á la iglesia adornos cuyo valor asciende á 8,000 y á 10,000 reales. Las



Screno.



Hortelanos.

pada por los suevos. Frizo sometió ó batió á los antiguos poseedores del territorio, levantó diques, fundó ciudades, entre otras la de Stavoren, y puso bajo su dominio todo el Sud de la Holanda, en tanto que sus hermanos pasaban á establecerse, Saxo en la Sajonia, y Bruno en el país de Brunswick.

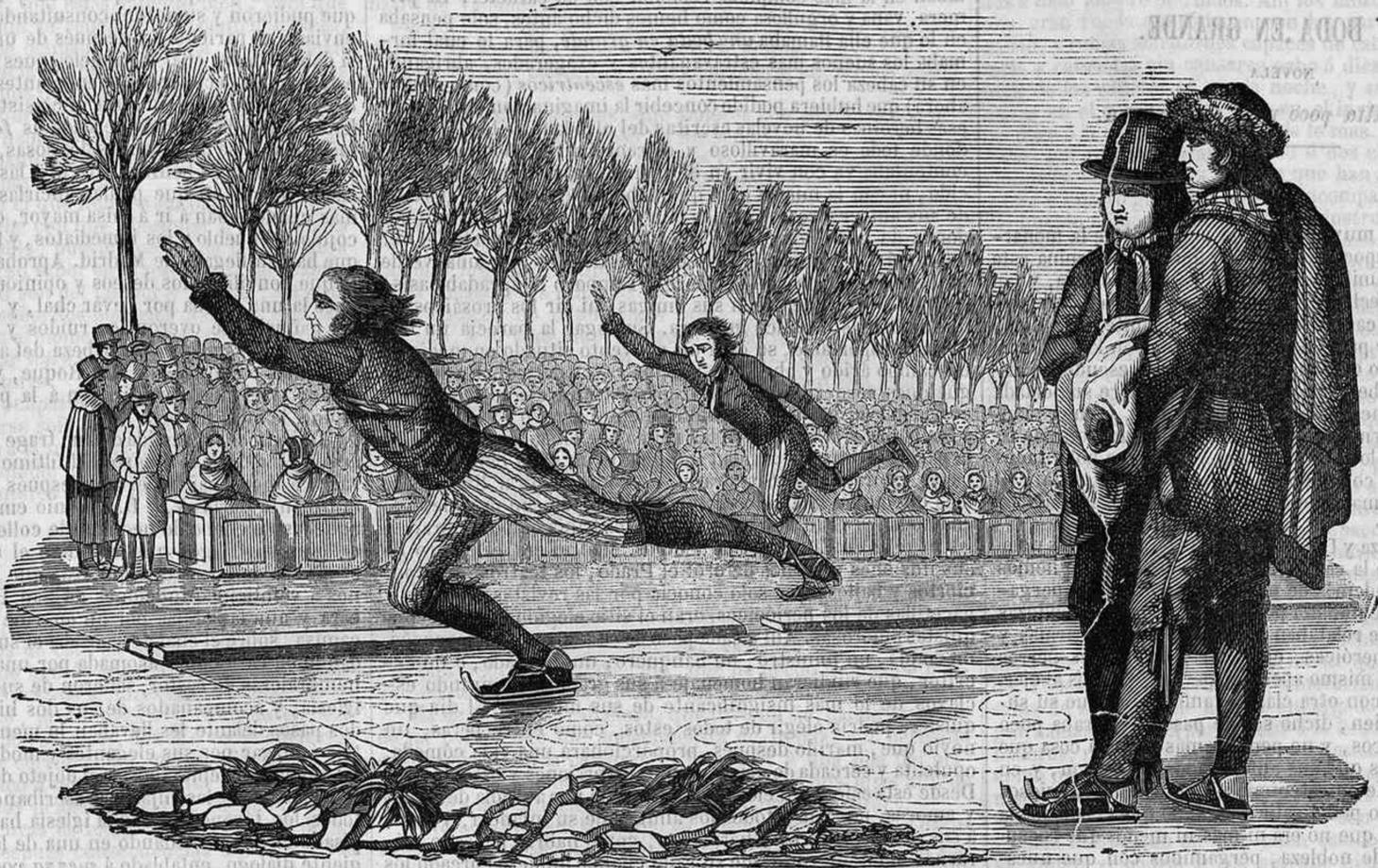
De los siete grandes distritos que formaban en otro tiempo el país de los frisonos, no queda mas que la provincia de Frisa con 200,000 habitantes, cuya capital es Leuwarden, que cuenta 17,000 almas.

Los habitantes de Hindelopen no se parecen ya á los otros frisonos, como los holandeses propiamente dichos. Tienen manías particulares: por eso desde tiempo inmemorial llevan el mismo traje sin que le hayan cambiado, y segun todas las probabilidades no le cambiarán nunca. El traje de las mugeres, dice M. Gauthier-Stirum, á quien copiamos testualmente, es muy extraordinario: tiene mucha analogia con el de las chinas y de las turcas, y de tal modo participan del uno y del otro, que es imposible decir cuál es de estas dos naciones la que ha tenido mas influencia sobre la composicion primitiva de este traje. Seria bastante difícil hacer una descripcion exacta de él. Nos dispensaríamos este trabajo dando un dibujo que presente con verdad lo que nuestra pluma no podria hacer de una manera precisa. Por el peinado se distingue la soltera de la muger casada; la gorra de la muger casada es mayor, y en cuanto al traje de los hombres es menos extraordinario que el de las mugeres. Llevan largos redingotes de color oscuro, muy anchos y formando una gran cantidad de pliegues. Gastan un pañuelo encarnado ó azul, echado á manera de chial sobre los hombros. Su adorno

de cabeza consiste en un sombrero de anchas alas, redondo y bajo de copa.

Los habitantes de ambos sexos de Hindelopen tienen otras costumbres y otras manías, que así como su traje, no pertenece mas que á ellos y á los habitadores de la aidea de Molkwerum. Hablan una lengua que comprenden solamente ellos. Haga el tiempo que haga, no encienden lumbre antes del 12 de noviembre; jamás cierran sus puertas durante el dia: lo mismo en el invierno que en el verano dejan des.de por la ma-

obstante, viven con la mayor sencillez. Casi todos tienen su carruaje, del cual se sirven en el verano. M. Gauthier-Stirum ha tenido la dicha de ver á Hindelopen durante la estacion en que esta pequeña ciudad frisona ofrece al extranjero los cuadros mas característicos, es decir, durante el invierno. Ha asistido á las carreras de patines, que se verifican allí todos los años lo mismo que en las demás poblaciones de la Frisa. Una inmensa multitud acude siempre á este grande espectáculo. Es imposible habitar en este país si no se sabe patinar, á menos que uno resuelva condenarse á no salir de su habitacion. Por esta razon los frisonos patinan mejor que andan, y sobresalen extraordinariamente en este arte, que es para ellos, mas que una agradable distraccion, una necesidad absoluta. Es verdad tambien que les enseñan este género de ejercicio desde su mas tierna infancia, y que le practican sin interrupcion hasta que llegan á la edad mas avanzada. No bien los niños tienen la fuerza suficiente para sostenerse, cuando al punto sus padres les atan los patines á los pies y les enseñan á servirse de ellos para mantenerse y pasearse sobre la nieve. Un friso á los diez años de edad puede ya ser maestro en el arte de patinar; pero no llega á la perfeccion hasta que ha cumplido los



Corridas de patines por los hombres.

ñana hasta por la noche que penetre libremente el aire en sus habitaciones. Las mugeres dan nombres extravagantes á todos los objetos que componen su traje.

Entre los tipos particulares que monsieur Gauthier-Stirum ha observado y dibujado en esta pequeña ciudad de pescadores, llamamos la atencion sobre el guarda nocturno, ó lo que aquí llamamos serenos.

Los hacendados frisonos son generalmente ricos, pero no

veinte años, y pasada esta edad su talento empieza á declinar. A fin de excitar la emulacion general se ha instituido por todas partes en la Frisa carreras de patines. «Es de admirar, dice M. Gauthier-Stirum, ver con qué flexibilidad, con qué gracia y con qué rapidez estos individuos tan indolentes, tan pesados en la apariencia, recorren en poquísimos minutos un largo espacio. Es necesario ser testigo de semejante fenómeno para dar crédito á lo que digo.» Las mugeres



Naturales de Hindelopen.

toman también parte en estas carreras, que sin duda son más interesantes que las de los hombres: si tienen menos fuerza, son más graciosas. «Asistí á una de estas carreras, dice M. Cauthier-Stürum, y ví adjudicar el premio á una jóven de quince años que se habia mostrado superior á todas sus rivales, aun cuando era más jóven que todas ellas, y cuyo incomparable talento habia escitado la admiración de una multitud numerosa de espectadores.»

A. I.

UNA BODA EN GRANDE.

NOVELA

que la falta poco para ser historia.

I.

En un pueblo no muy distante de la capital de la monarquía española, y en época que á punto fijó no determina esta historia, vivía una familia tan honrada como laboriosa, y tan laboriosa como satisfecha con la modesta medianía de que disfrutaba. Una antigua casa de estravagante arquitectura, como suelen serlo la mayor parte de las construidas en las villas de poco vecindario, pero con su correspondiente escudo de armas hecho de piedra berroqueña, y colocado sobre su portada principal; algunas fanegas de tierra para labor, y unas cuantas olivas y cepas, formaban el patrimonio de tan honrada familia, produciéndola lo suficiente para vivir como potendados entre sus miserables convecinos, aun cuando no gastara al año lo que cualquier magnate malrota en Madrid en un mes y aun casi en un día.

D. Antonio Mendoza y Doña Leonor Cisneros eran los nombres de los dueños de la casa solariega y finca de que hemos hablado, poseedores además de una buena porción de pergaminos y ejecutorias de nobleza pertenecientes á los Mendozas y Cisneros, en que se relataban grandes hechos de armas y acciones de guerra heroicas, ejecutadas contra los perros moros por otros de su mismo apellido, pero más dados al ejercicio de las armas, y con otra clase de ambiciones que su sucesor D. Antonio, quien, dicho sea de paso, se curaba poco de los negocios públicos, y no pensó jamás en otra cosa que en disfrutar los bienes que sus antepasados le dejaron, y en leer, como por vía de entretenimiento en los días lluviosos del invierno en que no podía salir á caza, lo que él llamaba la historia de su familia, que no era ni más ni menos que las sudiehas ejecutorias de nobleza, pergaminos con que nuestros antiguos reyes premiaban los servicios que les prestaban sus vasallos, en aquellos tiempos en que los hombres se contentaban con un pedazo de pergamino, porque tenían más dinero ó menos en que gastarlo que al presente.

De este ilustre matrimonio nacieron dos lindas niñas, que andando el tiempo llegaron á ser el sueño dorado de todos los jóvenes del pueblo, y aun hasta de los de las villas inmediatas, adonde habia llegado la fama de su hermosura y su riqueza. Esto último no hubiera llamado la atención en Madrid, donde en tan poco se tiene unos cuantos terrones, y algunos olivares y viñedos, siendo, como indudablemente es lo que más gravado se encuentra con los impuestos públicos y menos produce; pero los pueblos pequeños que carecen de comercio é industria ven su única fuente de riqueza en sus propiedades rústicas, y llena las modestas ambiciones de cualquiera de sus habitantes un pedazo de tierra que regar con el sudor de su rostro, y una miserable choza donde albergarse. De aquí la causa que el que llegue á poseer unas cuantas fincas cuyos productos le proporcionen una vida más cómoda y regalada que la que tiene la generalidad, sea el blanco de las envidias de sus convecinos.

En este estado se encontraba D. Antonio Mendoza, quien á fuerza de laboriosidad y economía habia llegado á reunir una fortuna que pasaba por considerable en todo su país, aun cuando en otras partes se lo calificaría todo lo más de medianía: por esto no es extraño que en los presentes tiempos que tantos atractivos tienen los bienes por lo mucho que remedian los males, fuesen las hijas de D. Antonio, de veinte años la una y diez y ocho la otra, el objeto de todas las conversaciones de sus convecinos y el adorado tormento de cuantos jóvenes tenían noticia de ellas. Llamábase la mayor Dolores, y la segunda Pepita, y aunque muy lindas ambas, cada una de ellas era un tipo enteramente distinto, no solamente en su figura, sino hasta en su carácter; de manera que cada cual tenía diferentes inclinaciones. Orgullosa y vana Dolores, abrigaba en su mente pretensiones que no estaban en armonía con la educación que Doña Leonor la habia dado, y menos con su posición y las circunstancias del pueblo en que habia nacido: modesta y sencilla Pepita, formaba un contraste digno de mucha observación con su hermana. Ello es lo cierto que Dolores y Pepita habian sido educadas en un mismo punto, por unas mismas personas, y bajo un mismo plan, y sin embargo eran tan diferentes en todo, que hasta sus padres estaban asombrados de lo poco que se parecían estas dos hermanas en sentimientos y carácter.

La idea que generalmente preocupa la imaginación de la muger, lo mismo en la corte que en la aldea, en la primera edad, es la del amor, idea que absorbe todos sus sentimientos y la traslada á un nuevo mundo que su fantasía enriquece con una porción de creaciones tan halagüeñas y deslumbradoras, que la hace vivir en una esfera de placer y felicidad. Pero este mundo cada cual le forma según sus sentimientos y ambiciones, y según también la idea real que comprende de la dicha, idea que ha solido disputarse en las mas, ó por las personas que les han rodeado, ó por la educación y las condiciones de vida que hayan disfrutado, ó por la lectura de los libros que manejaran. Indudablemente cuando las novelas sentimentales estaban en boga no habria una muchacha que no quisiese ser una Atala, una Virginia ó una Clementina; y en cuanto á las pastoriles, ¿quién no se alegraría encontrarse por esos campos de Dios una Estela, una Belisa ó una Leandra, esperando los pajaritos que le traeria á la primera un rubicundo pastor, oyendo la segunda los tiernos acentos de algún Nemoroso, y la tercera los suspiros de algún Basilio?... En verdad que los tiempos no están ahora para que las

Estelas, Belisas y Leandras se salgan solas por esos campos á ver correr los cristalinos arroyuelos, y oír los trinos de los ruiseñores, pues me temo que aun sin ser estas tan lindas como nos pintaron á las otras los poetas de sus tiempos, fuera fácil que salieran en busca de inocentes guilguerillos, y se encontrasen con algún taimado gabilan de largas uñas y encorvado pico.

Es lo cierto que Dolores y Pepita tenían ideas tan diferentes acerca de la felicidad y porvenir, que sus ambiciones estaban en la mas completa relación con su carácter. La primera, vana y orgullosa como hemos dicho antes, solo pensaba en lo que ella llamaba una boda en grande, para lo cual formaba los sueños más estravagantes y exagerados, abrigando en su cabeza los pensamientos más escéntricos (como se dice ahora) que hubiera podido concebir la imaginación exaltada de esas heroínas de novelas escritas del otro lado de los Pirineos, donde todo es maravilloso y extraordinario. Dolores no se contentaba ya con vivir en el mismo lugar en que habia nacido, ni con la misma casa que habian habitado una porción de sus antecesores, y menos con pasear por aquellos campos donde de niña habia ido á cojer flores. Ni la divertía el ver triscar á los blancos é inocentes corderillos por una verde pradera esmaltada con mil flores. Tampoco la agradaba asistir á los bailes que daban sus amigos, ni oír los prosáicos sonos de la mas prosáica guitarra. Su lugar la parecia un desierto insostenible, su casa un convento situado en medio de un campo árido y abrasado por los rayos del sol. En los jugueteros corderillos apenas reparaba aun cuando los viera correr por el prado y zambullirse en el arroyo; y en cuanto á los bailes y la música de las rondas de los mozos del pueblo la parecia una vulgaridad indigna de un alma llena de elevadas aspiraciones. Su corazón no podia respirar libremente más que en su magnífico gabinete adornado con muebles que ella no habia visto nunca; pero que los habia oído nombrar en las novelas de Eugenio Sue y otros. Madrid era el centro de sus ilusiones y sueños de oro: el Prado, los teatros, los conciertos y bailes, que solo conocia por las revistas teatrales y gacetas de los periódicos, eran el sitio elegido para sus conquistas amorosas. Allí á cada paso se encontraría un marqués, un conde, un ministro, un banquero, un diputado, ó un escritor, que rindieran homenaje á sus gracias suspirando esclavos de lo más insignificante de sus miradas. El día que quisiera podria elegir de todos estos, como entre peras, un novio que, marido después, proporcionara una vida cómoda, opulenta y cercada de criadas, lujo, diversiones y ostentación. Desde esta esfera tan elevada, rodeada de una aureola de dichas y amores, miraría á todos los amigos de su infancia, y hasta á sus mismos padres y hermanos, como habria pensado mirarnos Montemayor desde su Eolo cuando hubiese surcado los aires para decir á la humanidad terrestre y viandante, «me pareceis hormigas»...

Todos estos delirios y muchos más trastornaban la mollera de tan linda niña, y, sin saberlo ella, comenzaban á labrar el pedestal de su desgracia.

Pepita, por el contrario, modesta y humilde, como ya hemos dicho, abrigaba en su corazón sentimientos y ambiciones más moderados, y por consiguiente más realizables. De mejor criterio, aunque de menos imaginación que su hermana, se habia formado una idea muy distinta de la felicidad y el porvenir, fundada en bases más sólidas y verdaderas, aunque menos brillantes y halagüeñas para la fantasía, que las que habian servido de modelo para sus creaciones á Dolores. Satisfecha de la vida que llevaba al lado de sus padres en su modesto pueblo, tan solo aspiraba á continuar en ella, para lo cual la bastaba encontrar un marido que, ajeno al boato y ruido de las grandes ciudades, prefiriese la vida apartada y agricola de las aldeas. Esto, lejos de ser un sueño, una quimera, un delirio, era una pretension tan justa y razonable, que casi casi podia contar con la seguridad de conseguirlo, teniendo ella por su parte dotes suficientes para halagar la ambición de cualquiera de los jóvenes sus convecinos que reuniese las circunstancias que ella, y aun su familia exigían.

Tales eran las dos hijas de D. Antonio de Mendoza y Doña Leonor de Cisneros, tipos tan opuestos como ha visto el lector. Quién de las dos fué al cabo más feliz, y realizó sus planes y pretensiones, es lo que relataremos lo mejor que podamos en los siguientes capítulos, que no serán muchos para no cansar con digresiones á los suscritores á la ILUSTRACION.

II.

Enterados ya nuestros lectores del carácter de las dos hermanas, heroínas principales de esta historia, no extrañarán, ni tendrán por inverosímiles una porción de escenas que ocurrieron en la familia de D. Antonio de Mendoza, tan diferentes todas ellas como las causas que las motivaban.

En casi todos los pueblos de España suele haber una función anual, bien dedicada á dar culto al santo patrono del pueblo, ó bien para la celebracion de alguna feria donde concurren los vecinos de las inmediaciones á vender sus frutos y ganados, y á proveerse de las telas y objetos más precisos para el año próximo. Escusado es decir que todas estas fiestas están reducidas á una función de iglesia á tal ó cual santo ó virgen, á llevar una música peor que la más mala de las llamadas murgas en Madrid, la cual aturde los oídos de todos los vecinos, escepto los de los chicos del pueblo, que desde que la música entra en el lugar, que ya comienza á ejercer sus funciones, no se apartan de ella hasta que dan el último golpe de bumbo ó tamborón; á muchas docenas de cohetes y un árbol de pólvora; danza y tamboril; procesion; baile en la plaza, vino y escabeche de largo, y alguna que otra paliza al por mayor, en que hay cada garrotazo que canta el credo. Todo esto termina con una corrida de novillos, en la cual animales y hombres, y hombres y animales, hacen tales y tan grandes despropósitos, que sería muy difícil decidir por parte de quiénes habia más irracionalidad.

Una de estas funciones se celebraba en el pueblo teatro de la presente historia, y ya se figurarán nuestros lectores que las hijas de D. Antonio de Mendoza eran unas de las llamadas á hacer el primer papel en semejante comedia. Diez meses antes habian encargado á una prima suya residente en Madrid los vestidos más de moda entonces para tenerlos prevenidos para la próxima fiesta, pues no querían que les sucediera lo que en la anterior, en la cual salieron mucho mejor ataviadas

las hijas del escribano, la médica y la cirujana, y la hija del boticario, que eran las únicas con quienes tenían que sostener la competencia, á pesar de la distancia que las separaba. En efecto, el día de San Roque, ó sea el 16 de agosto del año era cuando debia comenzar la función, y ya á las seis de la mañana se comenzaban á arreglar las mugeres del pueblo, puesto que los hombres salían desde la cama compuestos y perfilados, habiendo tenido cuidado de que el barbero les afeitase el día antes.

Dolores y Pepita se peinaron y acicalaron todo lo mejor que pudieron y supieron, consultando el figurin que les habia enviado su parienta, y después de una ligera discusión sobre si debian llevar chal ó pañuelo, pues ambas cosas tenían que estrenar, se decidieron, oyendo antes el parecer de la muger del mayordomo de su casa que asistió á este tocador, que si hablaríamos de algunas verdaderas fashionables llamaríamos vas y á cual más bonitas, era una lástima dejar de estrenarlas en un día en que podían lucirlas perfectamente, mucho más cuando iban á ir á misa mayor, donde estaría lo más escojido del pueblo y los inmediatos, y también algunos jóvenes que conciliaban los deseos y opiniones de las dos hermanas, pues la una estaba por llevar chal, y la otra abogaba en favor del pañuelo, se oyeron los ruidos y destemplados ecos de la música-murga, que á la cabeza del ayuntamiento, y los mayordomos ó cofrades de San Roque, y acompañados del predicador y el clero, se dirigían á la parroquia para dar principio á la misa mayor.

Doña Leonor, vestida con un traje que conoció entre otros acontecimientos la muerte del último monarca español, y la alidá á tomar baños del que después se habia de llamar candidamente Carlos V, y D. Antonio empaquetado en un frac de aquellos de cuello de hechura de collar, mangas con abujadores tan largos que impedían el uso de los guantes, un sombrero de forma de alquitara, que habia ya asistido lo menos á veinticinco funciones de San Roque, y parapetada su cara y aun las orejas por un enorme y almidonado cuello de camisa, sobre el cual descansaba el susodicho sombrero, quedando su cara como asomada por una ventana de lienzo con humbraleras de castor, salieron de su casa con dirección á la iglesia, y acompañados de sus dos hijas, que sin ir más que dos pasos delante les llevaban lo menos treinta años de ventaja á juzgar por sus elegantes y modernos trajes.

Dolores y Pepita fueron el objeto de atención y curiosidad, á despecho de las hijas del escribano y la del boticario, de todos los jóvenes que en la iglesia habia, y apenas hubieron pisado el templo, cuando en una de las capillas se oyó el siguiente diálogo, entablado á mezza voce, por supuesto.

—¿Quién son esas niñas que parecen lo más elegante del pueblo, y aun fruta de otra parte? preguntó un joven como de veintidos años, vestido con lujo, aunque en un traje que siendo parecido al que usaban los señoritos del mismo pueblo, revelaba que su dueño no estaba criado ni educado en las faenas del campo.

—Son dos hermanas, repuso otro que le acompañaba, y que, con permiso de su levita, su tez un poco tostada, y el embarazo de sus maneras indicaban que no enia mucha costumbre de usar aquel traje, hijas de un propietario muy rico de este pueblo que debe tener un buen repuesto de peluconas.

—¿Es tal vez aquel hombre bajo, rechoncho y canoso, embutido en un enorme frac, y que se asoma con trabajo por cima del cuello de su camisa?....

—El mismo....

—Pues sábetelo, dijo el elegante Federico, que era el nombre del vestido de lugareño, mientras el del disfrazado de cortesano era Manuel, que por no hab'rselas con semejante suegro se podria renunciar al amor de sus hijas, y hasta á sus peluconas, por muchas que tenga. Sin embargo, aquella que la echa de sentimental y romántica como del año 1838 ó 39, me gusta, y hasta creo que me ha dirigido alguna mirada. Voy á calarme mis lentes á la gineta para mirarla; pues aun cuando no la veré mejor con ellos, llamaré su atención, y tal vez se aperceba de que la dirijo mis visuales....

—Si te gusta puedes hacerla el amor, contestó Manuel. Dicen que no quiere casarse sino con quien viva en Madrid, y aquí ha dado ya calabazas á dos ó tres que se han acercado á enamorarla. Nos pone de bárbaros á todos que no hay por donde agarrarnos, y según se asegura, está decidida á morir soltera antes que dar su mano á quien tenga que vivir enterrado en un miserable pueblo como este, donde no se pone uno la levita ni ellas sus vestidos de seda más que de San Roque á San Roque.

—Y á fé que hace muy bien en eso. ¡Lástima sería, dijo Federico, que una niña tan linda como ella se redujera á vivir en este desierto, arrugándose sin lucir en otros puntos sus muchas gracias! ¿Con que dices que el tal mamarracho del frac es hombre de dinero, eh?...

—¡Mucho!... Y no son más que las dos hermanas. La otra es enteramente distinta, repuso Manuel. Es una muchacha sin grandes ambiciones: tan contenta se halla vestida de seda como con un modesto traje de percal. Yo creo que esa se dará por satisfecha con casarse con cualquiera de los jóvenes que aquí hay dedicados al cuidado de las labranzas de sus casas, los cuales, como me sucede á mí, no entienden una palabra de cosas de corte.

La misa se acabó, y la gente comenzó á dejar la iglesia. Manuel y Federico se situaron á la salida de la puerta del templo, mezclados con otros jóvenes del pueblo y de los inmediatos que habian concurrido á la función, y estaban ocupados en ver la gente, cuando se presentaron D. Antonio y Doña Leonor con sus dos hijas que ya se dirigían á su casa.

Federico no pudo contener una carcajada al ver la ridícula y estravagante figura de los padres de Dolores; pero una mirada de esta, cambiada con otra suya, le hizo conocer que la niña se habia apercebido de su persona anizo; y como Manuel le habia hablado de las riquezas de D. Antonio, le parecía que no debia perder aquella ocasión que se le presentaba de conquistar una muchacha bella y rica.

Entre los demás jóvenes habia uno que al pasar las hijas de D. Antonio dirigió una mirada á Pepita. Esta bajó los ojos, y un poco de color sonrosado animó sus mejillas, impresión que no pasó desapercibida para el causante, ni tampoco para

alguno de los otros que estaban en el corro, quienes, aun cuando se callaron, conocieron al momento quien era el obsequioso de la hija segunda de D. Antonio de Mendoza. Era el adorador de Pepita, de quien acabamos de hablar, un vecino suyo, hijo tambien de una de las familias mas acomodadas del pueblo, y que aunque vestido como todos los demás en semejanza de la terrible corbata, no por eso tenia presu su cuello debajo del terrible corbatin, no por eso tenia presu tensiones de cortesano, ni ambicionaba otra felicidad ni otro porvenir que ser correspondido de su amada; que sus padres cogieran buenas cosechas; que estas valieran bien, para que aumentara su fortuna; que se rebajasen las contribuciones, que era lo único de que se ocupaba en política, y que, finalmente, hubiese abundancia de liebres que correr con su mente, hubiese su padre, su abuelo, sus tíos, y el mismo D. Antonio, padre de Pepita, y habian vivido felices y contentos, sin darseles un ardite por cuanto aconteciera en el mundo, y del mismo modo pensaba él pasar su vida.

Nada mas natural que el que hubiese en dia de tanta diversion un baile por la noche con que obsequiar á las jóvenes de la aristocracia del pueblo, puesto que las de la clase baja ya tenian donde triscar á su sabor en el que por la tarde daba la cofradía en la plaza, al son del tambor y la gaita; así que, no queriendo pasar los señoritos por poco galantes con sus convecinas, improvisaron al momento un magnífico sarao, que no nos atrevemos á llamar *soiré* ni *raut* por miedo de ofender el españolismo de sus autores.

En otro capítulo nos ocuparemos en referir esta anual diversion, que puede decirse solia tener pocas variaciones en cuanto á lo concerniente á la orquesta, salon, etc., y tambien allí contaremos lo mas notable que ocurrió el año de esta historia, por ser esto de interés á los personajes que en ella figuran.

III.

Antes de relatar lo que ocurrió en el baile, y describir esta diversion tal como suele ser en un pueblo, á lo cual destinaremos parte ó todo el capítulo siguiente, creemos importante emplear algunos párrafos de este en dar algunas noticias de uno de los personajes que han de hacer un papel muy principal en esta historia. Nuestros lectores habrán conocido ya que se trata de Federico, jóven nacido y educado en Madrid en medio del lujo y los placeres, donde á veces suele respirarse una atmósfera de corrupcion y enajenamiento.

Pertenece Federico á una familia muy acomodada en la corte, habia pasado los primeros años de su juventud en hacer calaveradas y locuras de todas clases, algunas de las cuales podrian traerle después consecuencias funestas. Vida tan disipada y licenciosa habia agotado en él casi todos sus buenos sentimientos, y su corazon apenas era capaz de abrigar, ni aun por un momento, una pasion noble.

Cuando Federico conoció á Dolores, y supo que era rica, concibió el pensamiento de hacerla el amor, y hasta de casarse con ella, si su dote calculaba él que seria bastante para sostener sus vicios y poder continuar su vida de despilfarro. Creia que fácilmente podria dominar á una muchacha nacida y educada en un pueblo, é ignorante por lo mismo de ciertos manejos y arterias con que los hombres relajados suelen alucinar á las que eligen por objeto de sus galanteos. Para llevar á cabo su pensamiento desde luego creyó que uno de los resortes que podria tocar con mejor éxito, seria el de halagar la vanidad de aquella inocente aldeana, que se tenia por conoecedora del mundo y sus malas pasiones, porque creia haberlos estudiado en unas cuantas novelas, de esas que pretendiendo sus autores pintar la sociedad en que viven, solo hacen de ella algunos malos bocetos de un mundo cuya existencia es tan fabulosa como las novelas mismas.

Federico vestia con lujo, tenia maneras elegantes, hablaba con desembarazo, y en todas las esterioridades de un hombre acostumbrado á alternar entre los principales personajes de la corte, y sobre todo á concurrir á sus primeras reuniones. Esto era un excelente medio para conseguir sus fines, pues podia con facilidad ganarse el corazon de Dolores, quien se pagaba mucho de tales apariencias, y ofuscar la buena fé y sanas creencias de D. Antonio y doña Leonor, poco conoecedores del lenguaje seductor con que los cortesanos deslumbran á los candidos aldeanos.

Fácil le fué presentarse en casa de Dolores la misma mañana que la conoció acompañado de su amigo Manuel, jóven del mismo pueblo, como ya hemos dicho, y en la mejor relacion con D. Antonio. En las villas de poco vecindario no hay necesidad de ser anunciado antes en una casa que se desea visitar, ceremonia indispensable en Madrid, y que constituye uno de los principales artículos del código cumplimentario de la corte: así que, apenas Federico manifestó su deseo de hablar á la que ya era dueña y señora de sus pensamientos, cuando al momento se vió en el zaguan de la casa de D. Antonio y próximo á entrar á la sala de recibo.

—Bienvenidos, caballeros, dijo doña Leonor saliéndoles al encuentro, porque iba en direccion á la bodega, con un gran manajo de llaves en la mano, sujeto por una correa. Pasen adelante. Mira, Manolillo, en la sala estan las chicas: ya sabes tú el camino.

—A los pies de V., señora, dijo Federico con el sombrero en la mano, y viendo que doña Leonor continuaba su camino hacia la bodega.

—Ahora vuelvo, caballero; pero dentro estan mi esposo y mis hijas, que recibirán á V. como se merece, contestó doña Leonor sin detenerse.

Manuel y Federico atravesaron un gran patio, al fin del cual estaban las habitaciones de la casa que habitaba la familia de Mendoza en el verano. D. Antonio, que á pesar del calor que hacia, no se habia quitado ni el frac ni el corbatin, en celebridad sin duda del santo del dia, salió á recibir á los recién llegados, y haciendo una reverente y profunda cortesia á Federico, como si viniera solo, le dijo:

—Beso á V. la mano, caballero. Sírvase V. pasar adelante á la sala, continuó colocándose en una actitud muy tiesa y afectada junto al dintel de la puerta, y tomar asiento como si estuviera en su casa. Juan Antonio, dijo dirigiéndose á un hombre vestido con calzon corto y medias azules que estaba sentado encima de una albarda al otro extremo del patio, avisa á las señoritas, que hay visita.

—Sentiria que incomodara V. á sus niñas, dijo Federico sin dejar de mirar á aquel hombre que se deshacia en cortesias y cumplimientos con los recién llegados.

—Han ido un rato al jardin...

—La hora es á propósito, murmuró por lo bajo Federico.

—Hasta las doce, continuó D. Antonio, que comemos. Pero tiempo les queda de ver las flores: ya van quedando pocas con el calor de la estacion...

Al momento llegaron Dolores y Pepita con un ramo de flores en la mano cada una, que colocaron en dos jarras de barro de Valencia que tenian sobre la mesa.

—¿No dais una flor á estos caballeros? dijo D. Antonio cuando ya sus hijas venian á sentarse al sofá.

—Es verdad, contestó Pepita poniéndose encarnada como un pavo.

—Valen tan poco todas, dijo Dolores con alguna desentura, que no las creí dignas de los señores.

—Las flores, como otras muchas cosas, no se aprecian por lo que valgan, sino por las personas que las dan, repuso Federico admitiendo un pensamiento de cada una de las dos hermanas, que en seguida se sentaron en el sofá.

—Aquí en los pueblos, dijo cándidamente D. Antonio, no sabemos mucho de cumplimientos, y por eso tal vez se les habrá pasado á las niñas hacer á V. ese obsequio.

—Nosotros no entendemos mas, replicó Manuel, que al pan pan, y al vino vino: ¿verdad, Dolores?...

—Siento que eso sea tan cierto, dijo Dolores con una coquetería que estaba muy en contradiccion con sus palabras; pero confiando en la indulgencia de los cortesanos, nos mortifican poco esas y otras faltas que podamos cometer...

—Encuentro á V., señorita, dijo Federico con cierto aire de galantería que agradó mucho á Dolores y no disgustó á D. Antonio, mas modesta de lo que deben ser personas del mérito de V. Cualquiera que vea á Vds. con sus elegantes trajes y buenas maneras, mas bien las tendrá por criadas y educadas en los mas altos círculos de la corte, que en un pueblo de tan poco vecindario. Esto me hace conocer tambien que sus papás de Vds. han procurado hacer de Vds., no unas señoritas de aldea, sino de ciudad.

—En cuanto á eso sí señor. Yo, ya saben, dijo D. Antonio con cierto aire de satisfaccion, que he hecho lo posible porque no desdigan de la familia á que pertenecen.

Ha de saber V., caballero, que tuve un tío, primo hermano de mi padre, que fué cobachuelista de Indias; un hermano suyo capiscó de la catedral de Toledo, y á una hija del primero, prima segunda mia, la han conocido mis hijas aun de superiora del convento de la Encarnacion en Madrid...

—No crea V. que las tengo yo criadas tampoco en la oscuridad del lugar. Manolillo sabe que van sus temporadas á Madrid á casa de un primo mio que fué empleado de la antigua cámara de Castilla, que tiene una hija de la edad de esta. V. le conocerá tal vez. Un tal D. Ambrosio Tarragona...

—No sé si le conozco... contestó Federico haciéndose el distraido.

—Primo de un Tarragona que fué alcalde de casa y corte...

—Sí, me parece que he oido ese apellido, dijo Federico deseando que acabaran pronto los apuntes biográficos de los Tarragonas.

—¿Pues no le ha de conocer V.! si los Tarragonas han sido gente muy encopetada!... Otro Tarragona, hermano del Tarragona alcalde de corte, fué tambien superintendente general de policía hácia el año de 24 poco mas ó menos; por cierto que era implacable en la persecucion de los enemigos del rey... Ya se ve, como entonces los negros...

—Pero, papá, dijo Dolores interrumpiendo á D. Antonio, si este caballero no habria nacido en esa época, ¿á qué le va V. á hablar de los Tarragonas?

—Bien, hija; pero podia haberlos oido nombrar... Como decia á V., continuó D. Antonio, mis niñas van muy á menudo á Madrid, especialmente Dolores, porque á Pepita, á pesar de ser la mas jóven, no la gusta el bullicio de la corte. Se cansa pronto...

—¿Es extraño! dijo Federico dirigiéndose á Pepita, que prefiera V. vivir aquí, á estar en la corte de España, centro en nuestra nacion de las diversiones y placeres, y donde V. podria brillar muchísimo por una porcion de atractivos con que V. cuenta.

—Muchas gracias por el favor, contestó Pepita con alguna turbacion; pero como tengo la conviccion de que habré de pasar en este pueblo la mayor parte de mi vida si no toda, me llaman muy poco la atencion placeres y diversiones que no podré disfrutar.

—En eso no estamos conformes, dijo Dolores sin poderse contener; yo soy todo lo contrario. Cuanto mas voy á Madrid mas deseo tengo de no salir de él. Puedo asegurar á V. que me acuerdo mucho del Prado y los teatros, y sobre todo de una reunion de mucha confianza adonde concurría todos los domingos por la noche con mi prima á bailar.

—Tambien aquí teneis vuestros bailes, dijo D. Antonio, si no como aquellos, al menos donde podeis pasar el rato muy bien y danzar cuanto se os antoje.

—A propósito de baile, dijo Federico, ¿supongo que esta noche irán Vds. al que van á dar los jóvenes del pueblo? Seria una lástima que nos privasen Vds. de su presencia en él...

Las dos hermanas cambiaron una mirada, que fué á parar de rechazo á D. Antonio, quien conociendo que su contestacion negativa podria causarlas disgusto, y sobre todo hacerle pasar para con el cortesano por un hombre brusco y antisocial, dijo:

—Tengo yo mucho gusto en que mis niñas disfruten de cualquiera diversion que haya en el pueblo, y por lo mismo no faltarán al baile de esta noche.

—Pues allá nos veremos todos, dijo Manuel levantándose y disponiéndose á marchar. Vamos, Federico, que acaban de dar las doce, y...

—Por nosotros no tengan Vds. prisa, replicó D. Antonio.

—Ya volveremos á ver á Vds., dijo Federico dirigiendo una espresiva mirada á Dolores, que no pasó para ella desapercibida.

Hicieronse D. Antonio y Federico los cumplimientos y ofertas propios de semejantes ocasiones, y el primero se quedó muy satisfecho de haber conocido á un jóven tan fino y tan caballero, mientras el segundo se marchó pensando en disponer su plan de conquista hácia Dolores, para lo cual en-

contraria una excelente proporcion en el baile que deberia darse en el pueblo aquella noche...

IV.

Cuéntase siempre en los pueblos como parte muy principal de una funcion popular el tener sus correspondientes bailes. Para lo que en varias partes suele llamarse *gente del bronce* la danza se dispone en la plaza principal del lugar sin otra música que el tamboril y la dulzaina, instrumentos capaces de descomponer los oidos mas fuertes y acostumbrados á todo género de ruidos. Allí los mozos y mozas bailan en una gran rueda que forman con las parejas, y hay robusto gañan, y rolliza Maritornes capaces de estarse haciendo zapatales y cabriolas sin cansarse ocho ó diez horas seguidas. El baile de los señores es por la noche, y suele comenzar á las nueve en el verano y las ocho en el invierno, durando hasta las doce ó la una de la madrugada lo mas. La orquesta se compone, por regla general, de uno ó dos clarinetes, un par de violines tocados por los mismos que han venido á la funcion, y tres ó cuatro guitarras con que acompañan algunos jóvenes del pueblo aficionados á tañer este instrumento.

Una de estas *soirés* que de año en año suele celebrarse en los pueblos es una reunion llena de interés para cuantos la componen y toman en ella parte, y no carece de él tampoco para el viajero que por casualidad llega á encontrarse en ella, siempre que este viajero viva en una gran poblacion, y profundo observador, sea capaz de apreciar las diferencias que existen entre estas sencillas aunque pretenciosas uniones, y las aristocráticas que suelen darse en las cortes, donde todo es grandeza, lujo y esplendor. Lo que será muy difícil al susodicho observador es averiguar en cual de las dos reuniones se divierten mas los concurrentes, pues lo mismo sobre el piso de mármol cubierto de muelles alfombras, que sobre el de yeso ó embaldosado bailan con entusiasmo polkas y varsovianas parejas de esas que hay capaces de danzar sobre la punta de una lanza, y á quienes la música de un wals les hace olvidar hasta sus mas terribles penas.

Dábase en la noche de San Roque, en el pueblo donde pasaron las escenas que llevamos referidas en los anteriores capítulos, un baile que segun habia dicho Manuel á Federico, iba á ser de lo mejor y mas brillante que allí se habia conocido. Todas las muchachas se esmerarian en su tocado, y se sabia de algunas que habian encargado á Madrid vestidos y guirnalda de flores para asistir á la fiesta. En cuanto á los caballeros, no habria tanto lujo ni etiqueta, pues cada uno iria como mejor le pareciese, ó con el traje que tuviese mas á mano. Sentia Federico no haber llevado en su maleta mas que un frac azul que él tenia señalado con el número tres, aun cuando estaba aun en muy buen estado; pero consultando á su amigo si podria ir así sin que hiciera mal papel en tan brillante *soiré* como él se imaginaba que iba á ser aquella, su amigo le aseguró que aun con su frac número tres seria tal vez el mas elegante del baile.

En Madrid es cosa muy comun citar para cualquiera funcion á las diez de la noche, por ejemplo, y no haber nadie ni á las doce, porque no queriendo ninguno de los convidados ser el primero en llegar á la funcion, lo va retrasando hasta ir lo menos dos horas después de la que se anunció para principiar.

En los pueblos sucede todo lo contrario: cuando se da un baile, y en el recado de convite (pues allí estan suprimidas las esquelas) se dice que comenzará á las ocho, por ejemplo, á las siete y media ó antes ya empieza á concurrir gente de la convidada para tomar un buen puesto en el salon, con el objeto de ver entrar tambien á los que van llegando, y poder ejercer la critica impunemente, asunto muy interesante para cuantos van á esta clase de diversiones lo mismo en las cortes que en las aldeas, pues el mundo es en muchas cosas igual en todas partes. Teniendo presente lo dicho, Manuel y Federico se arreglaron lo mejor que pudieron su traje, poniéndose el primero su levita de paño de color de castaña, que se la habian arreglado de una que se hizo su padre diez años antes que fué alcalde, su chaleco color de barquillo, su corbata azul prusia un poco claro, su gran alfiler de diamantes, rubies, topacios y esmeraldas en la camisa, y sus guantes de seda. Como tenia poca costumbre Manuel de usar este traje, la levita le oprimia y la corbata era su mayor enemigo. Federico se puso su pantalón de mahon, su chaleco blanco, y su frac azul con botones con escudos de armas reales, que él usaba, no porque perteneciera á ninguna de las clases que tienen este derecho, sino porque se le habia antojado que el sastre se los pusiese, y como nadie le habia preguntado por qué los usaba, continuó llevándolos, gracias á su falta de aprension en esto como en otras cosas.

Las nueve y media acababan de dar en el reloj de la torre de la parroquia, cuando nuestros dos amigos se encaminaron hácia la casa de D. Lucas Rodriguez Gonzalez de Peralta, escribano del pueblo, y donde estaba dispuesta la funcion, que debia empezar y empezó á las nueve en punto.

La casa del señor Rodriguez Gonzalez de Peralta no era de las mas espaciosas del lugar; pero constaba, entre otras habitaciones, de un buen portal ó zaguan, ocupado esta noche por todos los criados y allegados de la casa, que apiñados delante de la puerta de la sala obstruian el paso á cuantos en ella entraban y salian, ofendiendo los oidos de mas de una de las bailarinas con sus necedades y majaderías al ver pasar las parejas tan *abrazaditas*, segun ellos decian: una sala larga y angosta, con un piso de yeso, con cada hoyo que podia servir de sepultura á un elefante, dos ventanas, que estaban tan atestadas de espectadores como la puerta, y no mas comiditos con los bailarinas, y una alcoba (habilitada de gabinete solo para esta noche), que la separaba de la sala un escaño de madera atravesado delante de la puerta. En uno de los huecos de las ventanas estaba colocada la orquesta, cuyos valeses solian ser coreados algunas veces por los espectadores de la calle: en los cuatro ángulos de la sala habia, sobre unas rinconeras de pino pintado con almazarron, adornadas con sus correspondientes clavos romanos, otros tantos velones con una torcida en cada mechero, que llenaban á un mismo tiempo de luz y tufo toda la habitacion, y alrededor habia colocados sillas y escaños para sentarse los convidados. En la alcoba estaban las mamás, el cura y el predicador de la

(La continuacion en la página 270.)



POLKA MAZOURCA.

LA BELLA AURORA.

Á MI MEJOR AMIGO

DON JUAN ARGENTI,

POR

DON JOSÉ MORALES Y SANZ.

PIANO. *con grazia.* P.

Cres. ff. PP. PP.



Musical score for piano, consisting of four systems of staves. The first system includes a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a common time signature. The second system includes dynamic markings 'P.' and 'FF.'. The third system includes 'Cres.' and 'grazioso.'. The fourth system ends with 'ff.' and 'FIN.'.



funcion, cuya asistencia era de costumbre, todos los chiquillos y las criadas de los concurrentes. D. Antonio Mendoza y el escribano ejercian el importante cargo en estas reuniones de bastoneros, y el uno nombraba las señoras que habian de bailar y el otro los caballeros, combinando esto de tal manera que todas las parejas quedasen contentas y satisfechas de su eleccion: cuando ya todo lo tenian arreglado decian en alta voz y con aire de autoridad: «en baile los señores nombrados;» y una vez de pié todos, iban los bastoneros arreglando las parejas.

Apenas D. Antonio vió entrar á Federico, que después de saludarle con mucha afectacion le dijo:

—Queda V. nombrado para el primer rigodon.

—Muchas gracias; pero...

—Daré á V. por pareja á mi hija Dolores, que baila primorosamente, dijo D. Antonio con énfasis: ha asistido en Madrid á las academias de morosano, y me parece que no se arrepentirá V. de mi eleccion.

Federico fué saludando á todos los que conocia en la reunion, y es escusado decir que todas las miradas de los concurrentes se fijaron en el forastero como allí le llamaban, siendo el objeto de la crítica de los que no le conocian, y aun de los que sabian quien era. Sus amigos querian hacerle pasar como un jóven de muy apreciables circunstancias, asegurando que poseia en Madrid media docena de casas, y muchos bienes raíces en qué sé yo qué provincia, y baste esto para asegurar que tendria una excelente acogida. Entre tantos otros de esos que no faltan en los pueblos predispuestos á juzgar mal de todo lo que no conocen, no dudaban en asegurar que era un meritorio de una oficina, que antes habia sido *ejecutor de apremios* contra los morosos en el pago de las contribuciones, que es el peor precedente que puede tener un hombre que vaya á un lugar desconocido. En este momento los bastoneros dieron la consabida voz-orden de *en baile los caballeros y señoras nombrados*; la llamada orquesta comenzó á sonar, las señoras se levantaron, y con los caballeros se dirigieron al centro de la sala, donde los bastoneros fueron arreglando las parejas, y colocándolas en el sitio en que debian estar.

Dolores y Pepita, cuya belleza renunciáramos á pintar, pero que eran á decir verdad las menos mal vestidas y mas tildadas que habia en el baile, llevaban unos lindos trajes blancos bordados hechos en Madrid por una buena modista, unas guirnalas blancas y azules en la cabeza que completaban muy bien el vestido, si no hubiesen tenido la fatal ocurrencia de agregarse unos grandes pañuelos de crespon amarillo, regalo que les habia hecho su padre con la exigencia de que los estrenaran en el baile. Unos guantes de malla con varias sortijas con piedras puestas encima acababan de estropear el traje y el adorno de cabeza. En las demás habia gran abundancia de camisas y camisolinas de diferentes épocas y hechuras: estrepitosos lazos y adornos para las cabezas con toda clase de flores, yerbas, y hasta hortalizas. En los caballeros tambien habia variedad en sus trajes; pero la mayor parte estaba por el estilo del amigo de Federico, cuyo vestido conocen ya nuestros lectores.

El rigodon comenzó á la primera señal dada por los bastoneros.

Al verse Dolores al lado de Federico, cuyas miradas habia ya comprendido, sintió latir su corazón de una manera desconocida para ella hasta entonces, pero que la anunció que podian comenzar á realizarse sus sueños de gloria. Federico, gran conocedor de lo que vale una ocasion, no quiso desperdiciar la que entonces se le presentaba, y en una de las paradas del baile le dijo:

—Hace mucho tiempo que un presentimiento interior me habia anunciado que mi corazón pertenecia á una muger nacida y criada lejos del hullaico de la corte. Esta mañana he tenido la dicha de conocer á V. y la profecía se ha realizado.

Dolores bajó los ojos al oír las palabras de Federico: su mejilla se sonrosó un poco, y su corazón palpó con una precipitacion extraordinaria.

—¿Tendré que renunciar á la esperanza, continuó Federico con tono apasionado, de oír de su boca de V., Dolorcitas, una sola palabra de correspondencia?...

—Las miradas de todos estan fijas en nosotros, contestó Dolores haciendo un esfuerzo. Nos observan, y...

—¿Pero no seria fácil que...

—Dentro de muy pocos dias irá á Madrid. Allí nos veremos.

—Señores Trenis, dijo en alta voz D. Antonio viendo que se distraian sus dos hijas, puesto que cada una estaba á cual mas engolfada en su conversacion, la mayor con Federico, y la otra con un jóven su convecino que la hacia el amor, cuando se baila deben suprimirse las conversaciones por ociosas.

Dolores y Pepita cambiaron una mirada, y conocieron que su padre se habia apercibido del interés con que sus parejas hablaban.

El baile duró hasta las doce y media de la noche sin que ocurriese en él nada digno de contarse, puesto que aun cuando Dolores y su hermana volvieron á bailar con sus respectivas parejas ya walses, ya polkas, D. Antonio habia sido interpelado por doña Leonor, que era una de las que pertenecian á la seccion que ocupaba la alcoba, para que hiciese saber á sus niñas que mientras se bailaba no se hablaba, ni debia tampoco mirarse muy cara á cara y menos con interés á los hombres; aviso que sirvió para que en adelante ambas parejas aprovecharan las ocasiones en que doña Leonor daba sus correspondientes cabezadas, gracias á un sueño de aquellos que dicen, aquí mando yo, y alguna que otra salida que D. Antonio hacia al patio de la casa en busca de fresco, pues en la sala se sudaba á mas no poder.

V.

La funcion en el pueblo teatro de la presente historia terminó. Federico tomó el camino para Madrid; los jóvenes de las villas inmediatas se marcharon á sus casas; D. Antonio hizo guardar su frac y sombrero en su acostumbrado sitio hasta el año proximo, y todo volvió á quedar en aquel lugar en la misma tranquilidad y sosiego que antes, menos el corazón de Dolores, donde las palabras de su amante habian hecho honda huella...

Pepita continuaba oyendo los amores de su convecino, pareja del rigodon que hacia el *vis-a-vis* á su hermana, ó

hablando de manera que hasta nos entiendan los héroes de esta historia, que bailaba con ella enfrente de Dolores y Federico: D. Antonio y doña Leonor, de tan modestas ambiciones como su hija menor, estaban muy contentos con este enlace, y lo único que sentian era que á Dolores se la hubiera antojado desairar á cuantos labradores bien acomodados se habian dirigido á ella, mucho mas cuando no conocian en su hija mayor vocacion de monja, y aunque la tuviera no sucedian todas estas cosas en época que como la presente pudiese una jóven ir á encerrarse sin mas ni mas entre las cuatro paredes de un convento; pero como Dolores se habia propuesto hacer una boda en grande, no queria renunciar á sus esperanzas, oyendo proposiciones de casamiento de ninguno de cuantos en el pueblo y en los inmediatos conocia, puesto que todos ellos no podian satisfacer sus ambiciones. De cuando en cuando se miraba al espejo y veia que era bonita; sus criadas la decian que era rica y descendiente de personas encopetadas, y que habian ejercido grandes cargos públicos, y esto lo tenia por bastante para continuar en su designio de no querer enterrarse en aquel miserable villorrio donde solo se hacia papel una vez al año, esto es, de San Roque á San Roque.

Preocupada la imaginacion de la hija mayor de D. Antonio con pretensiones tan exageradas, y enamorada realmente de Federico, á quien habia creído un jóven de una posicion tan ventajosa en el mundo, que llegaría á ser, andando el tiempo, una persona notable, se pasaba los dias de claro en claro, y hasta las noches de turbio en turbio entregada á graves y amorosas meditaciones que concluyeron por hacerla perder el hermoso color de sus labios y mejillas, hasta entrar en cuidado á sus padres, que por mas que consultaban al cirujano del pueblo, quien, con perdon sea dicho de los de su clase, era poco mas que un rapabarbas, no podian dar con la causa verdadera de la tristeza y abatimiento de su hija. En esto ya se iba acercando la temporada de ferias en Madrid, época que atrae á la corte á muchas familias de los pueblos inmediatos, y aun de algunos mas distantes; y D. Antonio, conformándose con el parecer de su esposa doña Leonor y el del cirujano y el señor cura, vino en resolver y resolvió que su hija mayor tomara las de villadiego hacia la muy heroica villa, á casa del su primo, antiguo empleado de la suprimida cámara de Castilla D. Ambrosio Tarragona, donde pasaria un mes ó lo que fuera necesario, hasta que las diversiones volvieran á Dolores la salud que D. Antonio creia que habia perdido por el aislamiento en que vivia. En seguida se dispuso el viaje con el ordinario del pueblo, y al fin de la semana en que pasaba cuanto vamos refiriendo, Dolores empaquetó en un par de grandes baules todos sus vestidos, pañuelos, manteletas, lazos, flores y adornos, y emprendió su marcha, radiante de alegría hacia el suspirado Eden de sus ensueños.

A la una del dia poco mas ó menos, 19 de setiembre del año en que pasaba la presente historia, hallábase en una de las antiguas, feas y sucias posadas de la Cava Baja un caballero como de cincuenta y cinco años de edad, poco mas ó menos, enfundado en un gran leviton negro, abrochados los tres primeros botones, su paraguas debajo del brazo y su gran caja de plata bien provista de rapé en la mano. A su lado habia una jóven como de diez y nueve años, vestida modesta pero elegantemente, que de vez en cuando llevaba su perfumado pañuelo á las narices, para contrarestar sin duda los efectos de otros perfumes menos agradables que suelen abundar en tan indecentes mesones.

—Mucho va tardando el ordinario, dijo el hombre del leviton, que era ni mas ni menos que D. Ambrosio Tarragona. ¡Ya se ve! ¡No hay quien saque á este hombre de su paso, y necesita por lo menos dos horas por legua, aun estando el camino bueno!...

—No sé cómo Dolores, respondió la jóven, que era como habrán conocido nuestros lectores la hija de D. Ambrosio, tiene paciencia para venir en ese carrucho donde no queda hueso sano: parece que va tirado por cangrejos segun lo poco que adelanta.

—Eso no me choca, respondió D. Ambrosio tomando un polvo que desocupó la mitad de la caja á pesar que era de buen tamaño. Cuando yo fui desde aquí á Sevilla el año de 1813 tardamos quince dias, é íbamos en un magnífico coche de colleras, que era entonces el modo de viajar á lo obispo.

—Bien; que eso sucediera el año de 1813, contestó Adela con viveza, pase; porque entonces, segun Vd. me ha contado muchas veces, era como quien dice un arco de iglesia el tener que emprender un viaje aunque fuese á los Carabancheles ó Getafe: pero ahora es imperdonable que uno que viene á Madrid desde un pueblo inmediato tarde dos horas por legua, ó por lo menos hora y media.

—Pues: ¿Tú querrias, bachillera, contestó D. Ambrosio, que hubiese tambien un ferro-carril desde Madrid á casa de tu prima, como si fuera de la mayor importancia el venir mas ó menos pronto?...

—Mucho me alegraría... Siempre seria eso un adelanto.

—¿Adelanto!... ¡Adelanto!... murmuró D. Ambrosio. Inventiones del diablo que te tienen á tí muy sorbidos los sesos como á todos los que os habeis propuesto mirar con desden y hasta con desprecio todo lo antiguo. Pues no señora: el mundo es preciso dejarle como le hemos encontrado...

—Pero papá, no se incomode Vd. Yo creo que ahora hay una porcion de cosas muy buenas, y de cuya bondad gozamos todos... Vd. mismo ha elogiado muchas veces ciertas mejoras hechas recientemente...

—Ya sabes que no quiero disensiones, replicó D. Ambrosio. Está visto que ahora hasta las niñas que debian estar jugando con las muñecas se creen autorizadas á hablar de todo, y á juzgarlo todo..... Hé aquí las consecuencias de esas malditas teorías de *el libre examen*, y sobre todo lo de llamarse tú por tú los padres y los hijos, murmuraba D. Ambrosio paseándose por delante de la puerta de la posada.

En esto se oyó ruido de campanillas, y D. Ambrosio y su hija hicieron punto en su discusion para adelantarse á recibir el carro donde venia la hija del aristócrata D. Antonio Mendoza, que viajaba muy democráticamente. El carro paró á la puerta de la posada, y Dolores, que se apeó en seguida, colmó de besos y abrazos á su tío y prima, quienes la devolvieron otros tantos con que querian manifestarla su gusto de haberla visto.

Mientras el ordinario descargaba el equipaje y D. Ambrosio ajustaba, lo mas económicamente que podia por supuesta, su traslacion á su casa con un mozo de los destinados á esta clase de ocupacion, Dolores y Adela agarradas de la mano se paseaban por delante de la puerta de la posada, de la mano se referirse al mismo tiempo una porcion de cosas que á ambas les habian pasado desde que no se habian visto. En lo mas interesante de este coloquio Dolores perdió un poco el color, acera de enfrente. Adela volvió tambien la cabeza, y se enacaso, se acercaba á saludarlas.

—¿Cuándo ha venido Vd., Dolorcitas, que yo nada he sabido? dijo Federico haciéndose de nuevas.

—En este momento acabo de llegar, contestó Dolores, rempuesta ya de la sorpresa que la causó la presencia de su amante.

—¡Hola, hola! ¿con que tambien conoce Vd. á mi sobrino dijo D. Ambrosio. ¿Pues dónde la ha visto Vd.?

—¡Toma!... pues ahora recuerdo, contestó Federico con un descarado inaudito, que cuando estuve este año en la funcion de San Roque en el pueblo de esta señorita, me habló D. Antonio de Vd. y de Adela...

—¿Qué cabeza! ¿Y se lo ha tenido Vd. callado hasta ahora? Vamos, si digo yo bien, continuó D. Ambrosio riendo, que Vd. ha de acabar por ir á Toledo ó á Zaragoza.

—Es muy raro, dijo Adela sin poderse contener, que cuando Vd. todas las noches á casa no haya hablado nunca de su expedicion al pueblo de mi prima, y de que la conocia!...

—Y mas raro todavia, repuso D. Ambrosio interrumpiendo á su hija, en el señor que no sabe callar ni lo suyo ni lo ajeno.

—Vaya, vamos á casa, que esta niña estará cansada, continuó D. Ambrosio, y tendrá ganas su tía de verla. Además los mozos llevan el equipaje, y á pesar de que me he quedado con el número que tienen en su chapa, no me inspira ya confianza nadie.

—Si Vds. quieren, dijo Federico continuando al lado de ellos, aquí podremos encontrar un carruaje, y así evitaremos Dolores que la vean atravesar Madrid llena de polvo y en traje de camino.

—Muchas gracias, contestó Dolores pensando ya en que iba á tener una rival en su prima. A mí no me importa que me vean así. Además no vengo cansada; porque como el viaje es corto...

—Pues entonces me permitirán Vds., repuso Federico, que les acompañe hasta dejarles en su casa.

Las dos primas se agarraron del brazo, y Federico al lado de D. Ambrosio emprendieron todos su caminata desde la Cava Baja hasta la plazuela de San Ildefonso nada menos. A la llegada á la casa de D. Antonio, Federico se despidió de Dolores y Adela, ofreciéndoles volver á verlas aquella misma noche, como tertulia que era de la casa.

Doña Matea, esposa de D. Ambrosio, recibió á su sobrino con otra buena tanda de besos y abrazos, y una vez ya en Madrid nuestra heroína, referiremos en los capítulos siguientes el desenlace que tuvieron sus amores y pretensiones; que si fué tal como ella se le habia soñado ó no, es lo que ignorará el lector hasta que llegue al fin y postre de esta historia, que no está ya muy lejano, teniendo en cuenta las dimensiones del periódico en que se ha de insertar.

No dió poco en que pensar á Adela la llegada de Federico á la posada al mismo tiempo que su prima acababa de apearse del carro. Federico visitaba la casa de D. Ambrosio á pesar de la estremada rigidez que este observó siempre en punto á recibir visitas de jóvenes; pero D. Ambrosio era un tanto ambicioso; y aun cuando al hablar de Adela solia repetir muy á menudo el antiguo refran castellano *el buen paño en el arca se vende*, Doña Matea, que conocia mejor que su esposo cómo todo ha sufrido alteraciones, contestaba al susodicho refrancillo, que hoy á los paños tenia que darlos de vez en cuando el aire si no habian de estar espuestos á los estragos de la polilla; y como el padre de Federico era uno de esos farsantes que en esta muy heroica villa pasan por ricos, su hijo no podia menos de ser bien admitido en una casa donde habia una muchacha soltera...

Federico enamoraba á la hija de D. Ambrosio, porque Adela tenia diez y nueve ó veinte años, era linda, elegante, y sobria todo poseia esa gracia ó coquetería que tanto distingue á las mugeres de Madrid de las demás de España, coquetería que los hombres condenan; pero que les halaga porque no pueden resistir fácilmente á sus encantos. A Dolores no le amaba mucho; pero creia que le convendria mas para esposa; y se decidió á casarse con ella. Era nuestro buen Federico un jóven demasiado conocedor de sus intereses para que no supiese apreciar perfectamente la diferencia que habia entre las dos primas.

Algunas noches habian pasado desde que Dolores llegó á Madrid á casa de su tío, cuando una en que se habian reunido con Adela unas cuantas amiguillas con el objeto tambien de obsequiar á su prima, entró Federico, que como todos los demás iba á hacer la tertulia á la familia de D. Ambrosio. Un poco la sorprendió encontrarse con tanta concurrencia en una casa donde jamás se alteraba el orden en nada; pero viéndose á Adela sentada al piano y que se disponian las demás á bailar unas con otras, dijo, dirigiéndose á la primera pareja que encontró, compuesta de Dolores y otra amiga de su prima: —Esto no puede tolerarse. Hágame V. el favor, Dolorcitas, de dar una vuelta conmigo, ya que no puedo convertirme en tantos como yo quisiera para bailar con todas y cada una de las que estan en la sala.

Dolores accedió, y al momento comenzaron á bailar una polka que Adela tocaba en el piano.

Federico, aprovechando esta ocasion, dijo á su pareja: —Hace una porcion de noches que traigo esta carta para V., y no he podido dársela nunca. Léala V., y despues quemela; pero espero de V. una contestacion definitiva, y sobre todo resolucion para secundar mis planes, que todos tienden á la felicidad de V. La doncella está de mi parte, y será fácil que nos proporcione la entrevista que yo deseo.

—Eso es imposible, contestó Dolores tomando la carta, y guardándola entre su pañuelo. Yo no puedo salir de aquí, y aun cuando pidiera una entrevista...

—Desconfia V. de mí?... ¿de mí que tanto la amo y que

todo lo tengo ya dispuesto para que nos casemos en seguida?...
—Bien; pero y cuando mis padres lo sepan, ¿qué dirán?...
—Por qué no contar con ellos, continuó Dolores, cuando yo tengo seguridad que aprobarían esta unión?... Mi padre me quiere mucho, y creo que no se opondría a una boda que es de mi agrado...
—Pues es preciso decidirse, Dolores, dijo Federico conmovido que la polka se acababa y le convenía aprovechar aquella ocasión: ó poseerla á V. para siempre, ó separarnos para siempre... Un esfuerzo mas por parte de V., y nuestra dicha será eterna...
La polka terminó, y Dolores, mas agobiada por las palabras de su amante que por el cansancio del baile, fué á sentarse cerca de su tía, que estaba muy contenta de ver á su sobrina tan divertida y obsequiada.
Adela, que mientras tocaba estuvo observando en un espejo que había encima del piano los movimientos de todas las parejas, y especialmente de su prima y Federico, única persona que allí llamaba su atención, advirtió al momento, no solo el calor con que había este hablado á Dolores, sino que la hubo dado un papel que ella ocultó entre el pañuelo de la mano, guardándolo después en el bolsillo del vestido. Fácil es congoñando el efecto que esto causaría en el corazón de la hija de D. Ambrosio al ver que sus sospechas se habían convertido en realidades; pero un poco acostumbrada ya á las intrigas amorosas que suelen abundar en Madrid, dominó la impresion desagradable que tal acontecimiento la ocasionó, y fué á sentarse junto á una amiga muy de su confianza que estaba sola en uno de los ángulos de la sala. Apenas llegó, cuando su amiga la preguntó con cierta curiosidad:
—Dime, Adela, ¿quién es ese jóven que ha bailado con tu prima?
—Es un tal Federico...
—Sí, dijo la otra interrumpiéndola, Federico García, hijo de Don Blas García, agente de negocios, hombre que pasa por muy rico... Ya, ya le conozco... Sé su vida y milagros, y no crea encontrarle en tu casa...
—¿Qué dices! replicó Adela admirada de las palabras de su amiga. ¿Tienes algunas noticias de él que...
En esto llegó Doña Matea, que desde su asiento había oído el diálogo anterior, y curiosa por demás, deseaba tambien enterarse de algunos apuntes biográficos de Federico, porque no podían ser sino muy buenos en el mero hecho de admitirle su esposo en su casa.
—¿Con que tambien tú conoces á Federico, eh?... dijo Doña Matea tomando parte en la conversacion de su hija y su amiga. ¡Vamos! si digo yo bien que hay ciertos muchachos que todo el mundo los conoce.
—Ciertamente, contestó Amalia un poco cortada, porque sentía que Doña Matea tomase parte en la conversacion. Yo no le he tratado; pero...
—Bien; dinos lo que sepas... dijo Doña Matea: entre nosotros se ha de guardar...
—Yo no sé si será verdad lo que de él me han contado, continuó Amalia con misterio, y no quisiera tampoco perjudicarle; pero ella es amiga mia, y...
—Acaba, hija! replicó Doña Matea llena de asombro; yo no te entiendo... ¿Quién es tu amiga?... ¿Quién es ella?..
—Dicen que la ha engañado como un villano, prosiguió Amalia; que es un calavera...
—¿Pero á quién! exclamó Doña Matea...
—Tomal á mi amiga... A la desgraciada Elisa... dijo Amalia.
—Válgame la Virgen del Tremedal! repuso Doña Matea dirigiendo una significativa mirada á Adela, que pálida y asombrada se pasaba la mano por la frente y restregaba sus ojos como si quisiera despertar de una horrorosa pesadilla. ¿Pero sabes, hija mia, lo que te dices? ¿Conoces tú bien, Amalia, á Federico?
—En baile, señoritas; gritó D. Ambrosio, que se andaba paseando por la sala; la noche se pasa, y Vds. no han venido aquí á hablar solamente. Vamos, Sr. D. Federico, deje Vd. la conversacion y anime á estas niñas, que Dolores mejor querrá una vuelta de polka que los mejores párrafos que V. la diga.
Doña Matea se separó de Adela y su amiga llena de curiosidad porque no había podido averiguar cuanto deseaba acerca de la conducta del que suponía amante de su hija, y aprovechando el momento en que esta tocaba un rigodon, se sentó junto al piano y la dijo:
—Ya has oído, Adela, lo que Amalia dice... Es preciso que esta misma noche lo sepa tu padre. Me temo alguna calaverada del atolondrado Federico: además yo sospecho...
—Sí, mamá, contestó Adela suspirando, que papá lo sepa y adopte un eficaz remedio... Tal vez otra peligre mas que yo...
—¿Cómo!... ¿Es posible!... repuso Doña Matea asombrada. ¿Otra!... ¿Quién es esa otra?... Me vais á volver el juicio... Tal vez... pero no... Eso no es creible...
—Ah!... Yo misma lo he visto, dijo Adela instigada por los celos. La ha dado una carta...
—¿Cómo!... una carta!... Esto ya no se puede tolerar...
—¡Vea V. con qué entusiasmo la habla!...
—¡Ay!... ¡Ah Dolores! exclamó Doña Matea ciega de cólera. Esto es una infamia... Es preciso que Ambrosio tome en esto alguna seria determinación... Si: su padre la tiene confiada á nuestro cuidado... Ella es una inocente aldeana y puede ser víctima de los pérfidos halagos de un vil seductor...
El baile terminó á las diez y media, poco mas ó menos; cada cual de los que componian esta pequeña reunion de familia se marchó á su casa. Apenas Doña Matea se vió un momento sola con su esposo, que aparentando misterio y dando suma importancia á sus palabras, le dijo:
—Tengo que hablarte, Ambrosio... Es preciso no perder un momento... ¡Oh! Es una iniquidad... una infamia... ¡Oh! ¡Ah!... ¡Eh!... ¡Uf!...
—Pues señor, maldito si entiendo una palabra, dijo D. Ambrosio asombrado del tono enigmático de que usaba su muger; suprime las exclamaciones, Matea, y dime qué ocurre, porque yo nada sago hasta ahora en limpio, por mas que me devano los sesos al querer interpretar tu ¡Ah!... ¡Eh! ¡Uf! y...
—¡Silencio! que pueden escucharnos... dijo Doña Matea aproximando su cara á la de su esposo. El remedio tiene que ser pronto y eficaz... Nuestra responsabilidad es muy grave en este caso... Un dia mas en nuestra antigua ignorancia, y

hubiéramos caminado hácia un abismo de males sin conocerlo hasta que nos hubiésemos encontrado en el fondo... Nuestra desgracia hubiera sido horrible...
—¡Por Dios Matea... tus palabras me volverán loco si no me esplicas esos enigmas!... exclamó D. Ambrosio.
—Asómbrate, si, continuó Doña Matea; Federico, ese jóven cuyo padre es tu amigo, hace el amor á...
—¡A Adela! dijo D. Ambrosio interrumpiendo á su muger; y bien, ¿qué?...
—No, no es á Adela... Federico ama á otra...
—¿Cómo! se atreve...
—Sí; se atreve: ama á Dolores... á tu sobrina... á...
—Es imposible!... contestó D. Ambrosio; Federico no puede preferir á Dolores por nuestra hija... Además, si eso es cierto, escribiré á su padre, y que se casen... A nuestra hija no le faltará otro novio...
—Es que Federico no se casará ni con Dolores ni con Adela, replicó Doña Matea sin poder ocultar su incomodidad. El hijo de tu amigo es un mal caballero, es un calavera; es...
—¿Matea!...
—Sí; eso es lo que necesitas saber... Te tiene muy sobri-dos los sesos; pero afortunadamente esta misma noche he descubierto cuanto hay...
—¿Pero qué hay? Acabemos...
—¿No lo has conocido todavía?
—¿Que deja á Adela por Dolores?
—¿Que está casado y nos engaña á todos!... exclamó Doña Matea...
—¡Miserable! gritó D. Ambrosio. Yo castigaré tanta infamia...
VII.

Después de la escena que acabamos de referir en el capítulo anterior, Doña Matea enteró en pocas palabras á su esposo de cuanto había averiguado de la vida de Federico, y de las relaciones de este con Dolores, y el matrimonio acordó tomar una determinación seria sobre el particular para evitar cualquier disgusto que pudiera ocurrir en las familias con la continuacion de unos amores que no podían tener una solucion honrosa para nadie. Acordaron primeramente escribir á D. Antonio cuanto pasaba, ejerciendo además una vigilancia estrema sobre Adela y Dolores por si aun podían hacer eco en ella las palabras de Federico, á quien le pondrían *in continenti* de patitas en la calle, prohibiéndole hasta mirar á los balcones de una casa cuya atmósfera había tratado de infestar con su impuro aliento. D. Ambrosio tomara informes mas minuciosos de la vida del seductor Federico, y de acuerdo después con D. Antonio, le darian una buena lección para que en adelante se mirara mas en eso de engañar á padres é hijas honradas. Escribió pues D. Ambrosio á su primo una carta que podía arder en un candil, en la cual le enteró de cuanto nuestros lectores, aunque con la diferencia de no aparecer casado Federico, sino como el amante de una hija de una señora viuda de un intendente, con cuya susodicha hija tenía el bueno de Federico compromisos y obligaciones que se negaba á cumplir á pesar de ser de aquellos que dicen papá, y gastan en zapatos y colegio. Esto fué lo que resultó de las indagaciones hechas por el padre de Adela, que asombrado de las costumbres inmorales de la juventud de nuestros dias, como él decía, no acababa de dar gracias á Dios porque le había proporcionado la ocasion de conocer á un hombre que hubiera esparcido el luto y la desolacion en una familia tan honrada llevando á cabo sus proyectos matrimoniales, ya fuese con Adela, ó ya con su prima.

Federico, que ignoraba cuanto dejamos referido, acicalóse lo mejor que pudo al siguiente dia del baile, y se dirigió á casa de D. Ambrosio con ánimo de saber si Dolores, después de haber leído su carta, podría decirle cuando saldria acompañada de la doncella, á quien él tenía á la devocion, y estaba ya bien instruida de lo que debía hacer.

Dolores había leído la carta de su amante, que no copiamos aquí por no embadurnar mas papel, y porque era como la mayor parte de las de los enamorados, esto es, llena de sandeces y palabras vanas á que da gran importancia la pasion; pero que tenía por objeto principal decir á Dolores que con cualquier pretexto saliera al dia siguiente ó al otro acompañada de la doncella, quien estaba encargada de avisar á Federico, y esperándole él, la llevaria á casa de una tía suya, señora muy respetable y virtuosa, en cuya presencia podrían convenir en cuanto á la disposicion de su boda, que era todo lo que él deseaba: después de todo arreglado, él marcharia al pueblo de D. Antonio á enterarle de cuanto ocurría, y á pedirle su consentimiento, que era lo único que exigíase de él, puesto que contaba con las riquezas suficientes para vivir con lujo, y hasta con boato en Madrid ó donde quisiera.

Como Adela vió por el espejo dar y tomar la anterior carta, aguardó que su prima se durmiera para apoderarse de ella y leerla, pues con los antecedentes que ya tenía de Federico se temia alguna bastardía de él. No la fué difícil conseguir cuanto se había propuesto, y en seguida confió asombrada á su mamá el contenido de la tal epistola, para que adoptando las medidas convenientes evitase cualquier locura de tan apasionados amantes.

Como entre las disposiciones tomadas fué una la de establecer la mas rigurosa comunicacion entre los dos enamorados, heros de esta verídica historia, el amante de Dolores no pudo ese dia ver á la señora de sus pensamientos, quien en union con la doncella ya estaba discurriendo el modo ó pretexto para salir el siguiente: poco conocedora de las intrigas amorosas de la corte, creía á su amante de la mejor fé, y comenzaba ya á ver realizarse los sueños de ambicion y porvenir que habían halagado tanto su imaginacion, cuando en el oscuro rincón de su pueblo pensaba en hacer lo que ella llamaba una boda en grande. Había escrito varias veces á sus padres y hermana manifestándoles que era objeto de mil atenciones y deferencias por parte de Federico, jóven que segun noticias que ella tenía, gozaba de una gran posicion en la corte, y D. Antonio, Doña Leonor y Pepita estaban locos de contentos al considerar qué fortunon se les había entrado por las puertas de su casa, sintiendo aquellos buenos papás que para la última no hubiese otro novio de la misma estofa que el de Dolores; pero Pepita estaba muy contenta y satisfecha con la pasion de su labriego, no esplicada en términos muy limados y retumbantes, pero mas verdadera y positiva.

Quando D. Antonio leyó la carta que le había dirigido su primo D. Ambrosio estuvo á pique de perder el sentido y caer con un accidente. Su muger y su hija conocieron en su semblante que alguna mala nueva acababa de recibir, y trataron en vano de averiguar la causa de aquel trastorno; pero D. Antonio no era hombre que comunicara á un dos por tres sus negocios con nadie, y después de asegurárselas que Dolores estaba buena, y que su primo solo le hablaba de un asunto á que tenía precision de asistir, llamó al mayordomo, y le dijo:

—Manda que ensillen inmediatamente mi mula de paso, y arreglen la burra parda, que vamos á Madrid.

—¿Pero qué ocurre? preguntó Doña Leonor con curiosidad...
—Ya te he dicho que nada que deba alterarte. Me escribe Ambrosio que quiere hablarme de un negocio, y ya que voy, he procurado que me acompañe Juan Antonio con la burra parda por si se quisiera venir Dolores conmigo.

A la media hora de dada la órden anterior ya D. Antonio en su mula de paso, y Juan Antonio en su burra parda, caminaban hácia Madrid, adonde llegaron en poco menos tiempo que si hubieran ido en el carro del ordinario.

Apenas entraron en la posada, que D. Antonio se encontró entre los brazos de su primo D. Ambrosio que le decía:

—Te esperaba, Antonio. Ya conocí que comprenderías que para orillar mejor este asunto era preciso tu venida...

—¿Y Dolores qué piensa? preguntó D. Antonio á su primo después de haberse hecho mutuamente los cumplidos de ordenanza en tales casos.

—Ignora completamente nuestro plan, y la conducta de su amante, contestó D. Antonio; ayer no le ha visto en todo el dia. Hoy ha salido tambien con su tía y prima, y pienso que hasta esta noche no tenga entrada en casa el mocito en cuestion, donde le daremos la leccion que yo te he referido en mi carta, y que dispuse ayer en muy poco tiempo. Todos concurrirán á la hora á que les he citado. Solo mi esposa lo sabe; pero con encargo especial de que lo calle, que no sé si podrá.

Encamaronse los dos primos á la plazuela de san Ildefonso, y cuando llegaron á casa de D. Ambrosio aun no habían vuelto de paseo las señoras. Al muy poco tiempo de estar allí D. Antonio y D. Ambrosio, sonó un gran campanillazo que anunció la venida de Doña Matea, Adela y Dolores. Al entrar esta y encontrarse con su padre se sorprendió un poco, y después de unos cuantos abrazos y besos le preguntó:

—¿Qué venida es esta tan repentina? ¿Ha sucedido alguna desgracia á madre ó á mi hermana?

—No, hija mia, contestó D. Antonio, besando una de las blancas y torneadas manos de Dolores. Pero ya te acordarás de aquel pleito que seguí y gané en el juzgado sobre mejor derecho á los bienes de una capellanía, y que vino en apelacion á esta audiencia: ahora me ha dicho el procurador que se sentenciará, y vengo para asistir á la vista, y tambien á hacerte una visita. No te lo quise decir ayer por el correo, por si no podía realizar mi viaje.

—¿Cuánto me alegro de ver á Vd.! ¿Y madre y Pepa me echan de menos en aquel pueblo tan triste?

—Sí, hija mia. Todos nos acordamos mucho de tí.

—¡Ojalá se vinieran Vds. á vivir á Madrid, para no pensar mas en aquel villorrio!... ¡Qué lastima que Pepita se case allí para enterrarse entre cuatro paredes!... Ella, que es tan linda...

—La felicidad sabe á todas partes, hija mia, dijo D. Antonio en un tono un poco sentencioso, que no pasó desapercibido para Dolores. Tú no conoces de Madrid mas que las diversiones, y no sabes que aquí hay tambien desgraciados. Cada poblacion tiene sus goces, y hay muchas personas en esta Babilonia, que á tí tanto te agrada, que darian cuanto poseen por retirarse á una pequeña aldea.

En estas y otras pláticas mas ó menos filosóficas siguieron el padre y la hija, hasta que fué la hora de que viniera la tertulia, que aquella noche, como la mayor parte de las demás, la compondria Federico, con mas algunos convidados por Don Ambrosio que no se habían anunciado; pero que debían tomar una parte muy activa en la representacion de una escena desenlace de cierto drama preparado de antemano.

Serian poco mas ó menos las nueve cuando la campanilla sonó: Dolores y Adela cambiaron una mirada: D. Antonio y D. Ambrosio se hablaron un momento al oído, y Doña Matea dió mas luz á la lámpara, porque, curiosa por demás, no queria perder en la escena ni aun el menor gesto de los interlocutores.

Al momento entró Federico, quien después de saludar en general, asombrado de encontrarse allí con D. Antonio, le alargó la mano con las mayores muestras de afecto y le dijo:

—Cuánto me alegro ver á V. por esta corte! ¿Y las señoras?

—Han quedado buenas, contestó D. Antonio con alguna frialdad, muchas espresiones me han dado para V.

—¿Como me habian Vds. llamado, continuó Federico dirigiéndose á las señoras, que venia D. Antonio? Es verdad que hace ya dos dias que no nos vemos. Estuve ayer dos veces á saber si habian Vds. descansado del baile, y fui tan desgraciado que no encontré á Vds. en casa. Hoy me ha sucedido lo mismo.

—Tuvimos que salir, contestó Doña Matea, á hacer unas compras, y después por la noche se empeñó Ambrosio en que habíamos de ir al teatro.

(Concluirá.)

EL BARON DE ILLESCAS.

Cornelius Vanderbilt y su yate colosal de vapor.

Hemos hablado ya de la legada del gigantesco yate de vapor del gran comerciante y armador anglo-americano Cornelius Vanderbilt de Southampton después de un viaje de diez dias desde Nueva-York acá. El dueño del buque, que en medio de una agradable compañía y de su familia se halla embarcado igualmente, piensa visitar varios puertos y países de Europa para ver qué elase de vida hay aquí y cómo se le recibe á él, el rey de los comerciantes de América. Indispensable es que la aparicion de un yate de vapor de 2,500 toneladas (pues se une á la significacion de yate generalmente una embarcacion de recreo) produzca alguna escitacion en Inglaterra en medio de las bonitas yates aristócratas de 50 á 100 toneladas. Será como si un gran sollo gris se hallase en medio de peces de oro. Sin embargo, no se podrá menos de volver á

Admirar en este acontecimiento el extraordinario vigor de la América juvenil y de informarse por aquel hombre que es capaz de gastar semanalmente 2,500 Thalers (unos 35,000 reales vellón) por un viaje de recreo, sin calcular además el coste del carbon que necesita su buque.

Vanderbilt es un hombre de unos 55 años, oriundo de Staten-Island (Nueva-York). En tiempos anteriores fué uno de los mas atrevidos y felices capitanes de buque de vapor en los Estados-Unidos. En la actualidad posee mas de 20 grandes buques de vapor, á mas de su participacion en otros buques. La mitad de aquellos vapores, los mayores en el Océano Pacífico, hacen la navegacion entre América del Norte y California. Todos los grandes intereses comerciales que se fundan en el tráfico de Nueva-York con la California son debidos á Vanderbilt á causa del establecimiento creado por él de una rápida comunicacion por vapores del Océano Atlántico con el mar del Sur por el mar de Nicaragua. Pues él era quien construyó un vapor de unas 500 toneladas, lo tomó á remolque de un gigantesco vapor de mar, pasó con ellos al rio de San Juan, descompuso aquí el vapor menor y le trasportó con las mayores penalidades rio arriba hasta el lago. Pronto cruzó el pez de fuego las virginales olas del hermoso lago y asustó con su agudo silvido los hombres y animales del desierto. Se

tienen un diámetro de 60 pulgadas, el de las ruedas de remos es de 34 piés; cada una de las cuatro calderas tiene una longitud de 24 piés. Todo el equipo y mueblaje del buque naturalmente es tan cómodo como espléndido.

El dia 17 de junio, cuando su yate gigantesco se hallaba aun en los Docks de Southampton fué convidado Vanderbilt á un almuerzo por el corregidor y la municipalidad de aquella ciudad. Desde Inglaterra irá por Copenhague primeramente á San Petersburgo.

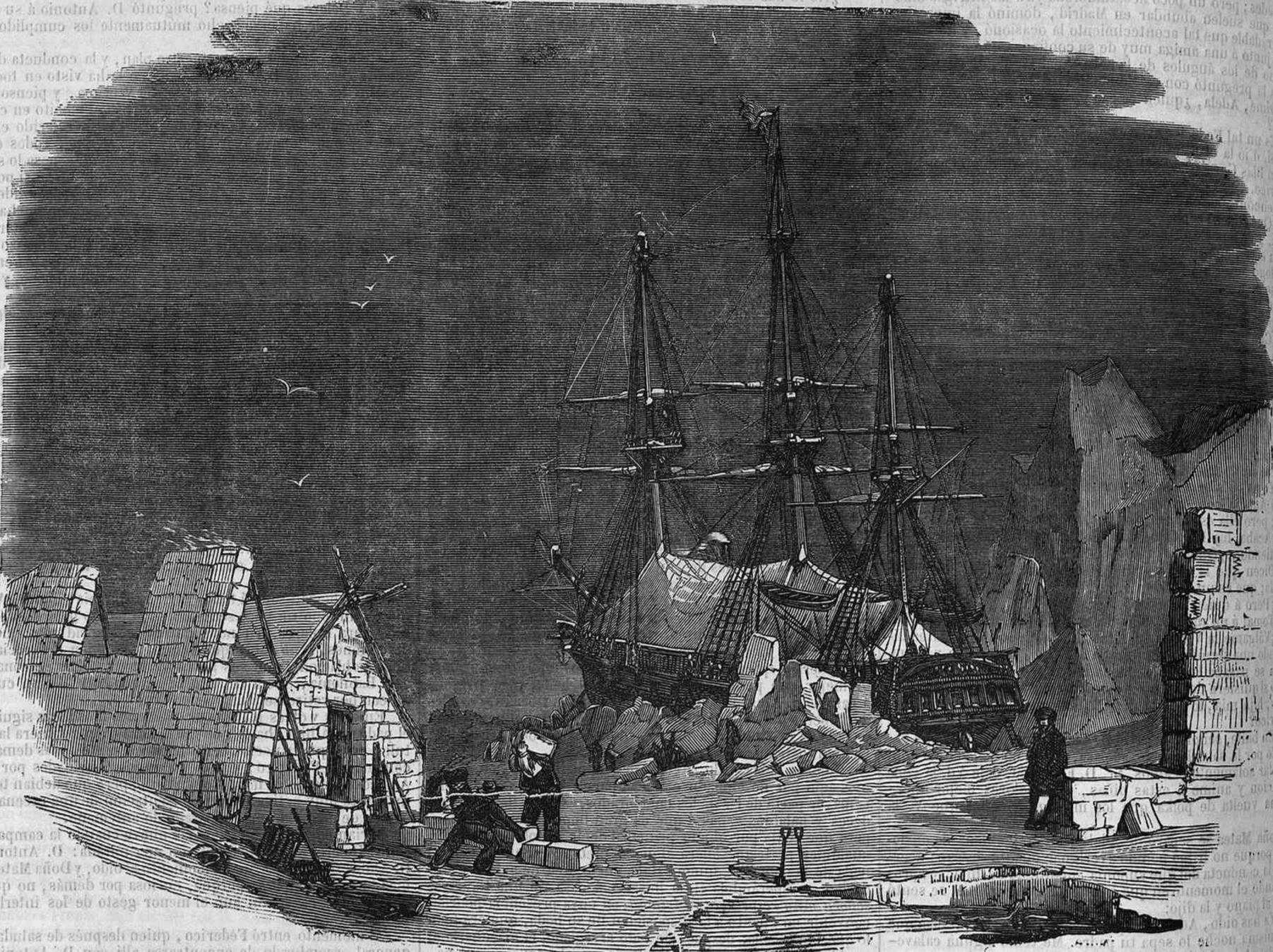
Nueva expedicion en busca del capitan Franklin.

La Crónica de Nueva-York del 1.º del corriente publica los siguientes pormenores de la expedicion que ha salido de aquel puerto en averiguacion del paradero del capitan inglés Franklin.

Merece particular mencion la salida de Nueva-York de la segunda expedicion para el mar Artico, en busca de sir John Franklin. Esta, como la primera, ha sido preparada á espensas de un rico comerciante de Nueva-York, Mr. Grinnell, que parece se ha propuesto competir con el gobierno

peran los mejores resultados, cree que sir John Franklin y sus compañeros se encuentran internados en aquellas regiones desconocidas. Dice además que sus observaciones anteriores le han inducido á creer que pasando de cierto punto en la region del Polo, se encuentran mares, tierras y climas templados de esquisita belleza, y que parte no solo con la fundada esperanza de rescatar á los marineros ingleses, sino con la de descubrir nuevas tierras, y acaso nuevo continente.

Ya sean estas inspiraciones producto de un entusiasmo filantrópico y científico, ya deducciones lógicas de datos verdaderos que han de verse confirmados algun dia, cumple en ambos casos aplaudir el generoso y desinteresado propósito de Mr. Grinnell y de los expedicionarios, y hacer votos sinceros en favor de una empresa atrevida, digna de un pueblo la energía del hombre, representada bien en riquezas acumuladas, bien en facultades físicas y morales desarrolladas en un grado preeminente, que consagrándola de este modo al servicio de la humanidad. Por eso empresas semejantes deben merecer aplauso universal, aun cuando sean estériles en sus resultados, pues algo poético debe inventar el espíritu materialista de la era en que vivimos para suavizar la rigidez del egoismo que todo lo domina.



Nueva expedicion en busca de Franklin.

viaja ahora á California en la mitad del tiempo y por la mitad del dinero que en tiempos de la única línea por Panamá. Por el Nicaragua solo se tiene que hacer un viaje de tierra de dos millas y media alemanas (unas cuatro leguas españolas), y el camino es el mas recto entre Nueva-York y San Francisco.

Vanderbilt se ha creado él solo su fortuna. Siendo inmensamente rico ha hecho la felicidad de millares de sus conciudadanos. Su dinero está siempre en circulacion, poseyendo actualmente considerables fábricas. Es indudable que ocupa mas gente que cualquier otro en América. Todos los pobres y necesitados encuentran en él un socorro. Vanderbilt no recibió al nacer fortuna alguna, esceptuando aquella fortuna extraordinaria de una elevada habilidad en los negocios, circunspeccion, atrevimiento y constancia. De un simple marinero se ha elevado á poseedor de millones, y el pueblo americano de tácito acuerdo le ha dado el título de Comodore.

Ahora aun algunas palabras sobre su yate de vapor el North Star (la estrella del Norte).

El yate ha sido construido por Simonson bajo la inmediata inspeccion de Vanderbilt. Es un sublime modelo del arte americana en la construccion de buques, ante la cual el arte inglesa ha tenido ya una vez que cargar las velas.

Su longitud es de 260 piés en la quilla, su anchura 38 y su altura 23 1/2. Los cilindros de vapor de las dos máquinas

inglés en sentimientos filantrópicos, y unir su nombre al de los importantes estudios geográficos y científicos á que ha dado lugar el propósito de seguir las huellas de aquel arrojado marino. El bergantin Advance, completamente equipado para su objeto, á satisfaccion del doctor Kane, á cuyo mando va confiado, dejará hoy á las once de la mañana las aguas de Nueva-York, para no regresar sin noticias sobre la expedicion de sir John Franklin, ó sin traer por lo menos un caudal de descubrimientos y observaciones que compensen los sacrificios que se han hecho en busca de aquel marino y sus compañeros.

Con este objeto el gobierno se ha prestado á auxiliar á la humanitaria empresa de Mr. Grinnell, proporcionándole un cuerpo de hombres científicos pagados por el gobierno, el cual se embarca en el Advance con encargo é instrucciones para explorar las regiones polares. Llevan todos los instrumentos necesarios para los estudios científicos que se les ha encomendado, así como todo lo necesario para adelantar en la exploracion hasta donde lo permitan los hielos en el invierno, y estacionarse en algun punto favorable para continuar su rumbo hacia el Norte cuando lo haga posible la vuelta del verano.

El doctor Kane, que perteneció á la primera expedicion, y de cuya energía y ardiente entusiasmo investigador se es-

La expedicion de Mr. Grinnell es la octava entre las marítimas que sale de los puertos de la Union desde que este país ocupa un rango entre las naciones, para explorar regiones desconocidas ó mares y países importantes para las relaciones marítimas y comerciales del mundo; y es de notar que no es esta la única que ha sido concebida y equipada á espensas de la munificencia individual. Del mismo carácter han sido las expediciones terrestres ejecutadas á espensas del gobierno ó de los particulares, cuyo número llega ya á veinte.

En estos momentos sale tambien la que decretó la última legislatura para explorar la mejor via interna para California, á fin de construir un ferro-carril que enlace á los Estados del Atlántico con las nuevas posesiones del Pacífico. Los principales rios de la América del Sur son en la actualidad objeto del estudio científico de aventureros anglo-americanos. Los bienes que resultarán á este país de este espíritu emprendedor, que á la vez se nota en el gobierno y en los particulares, aumentarán sin duda de dia en dia su importancia; y siempre que la adquiera por medios tan justificados, nadie se atreverá á desconocer su mérito; antes bien se presentará su ejemplo como digno de ser imitado por las naciones mas antiguas y mas sabias, á fin de sostener su rango distinguido, que no son siempre las armas las que constituyen el poder y la gran deza de las naciones.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.